

CRISTIANDAD



Razón de este número

Uno, dos, tres. Uno, dos, tres de Mayo. Tres fechas. Tres conmemoraciones bien opuestas. En este contraste fundamos este número. Día 1.º de Mayo. Una fiesta que ha desaparecido de la Patria, pero que se celebra fuera de ella, en gran parte del Orbe. Día 2 de Mayo. Es el gran fasto que conmemora que España ha tenido y tendrá siempre fe cristiana, dignidad y heroísmo. Día 3 de Mayo. La Inmaculada de la Santa Cruz. Fiesta típica de la Cristiandad: día de legítima Universalidad.

Tras un **Editorial** (pág. 1.ª), en la **Sección I «Para una historia»** Enrique Ferrán cuida de comentar esta coincidencia en **Días uno, dos y tres de Mayo**, (pág. 2), segundo de L. de la Santa Cruz por el P. Francisco de P. Solá S. J., (págs. 3 y 4), de **Constantino el Grande** por el P. Francisco de P. Solá S. J., (págs. 4 y 5), de **Rememorando una «fiesta» laica**, (págs. 6 y 7), de **El Dos de Mayo por sus raíces sustantivas**, (págs. 8 y 9), por el P. Francisco de P. Solá S. J.

Sección II.—«Del Tesoro Perennitatis» «Nova et Vetera». Tenemos una verdadera y admirable serie de fragmentos de grandes clásicos de nuestro pensamiento católico. **La cuestión social**, variable del **grupo social**, (pág. 10), de los escritos del Ilmo. Dr. José Torras y Bages: **La Cuestión Social**, de D. Félix Sardá Salvany, (pág. 11); **La religión católica, estrato radical del alma española**, de los de Jaime Balmes, (pág. 14), y en fin, **Un despertar glorioso**, (pág. 15), de los de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Todos ellos en relación con el fondo general que informa este número.

Interrumpen esta magnífica serie, los **Edictos Liberadores** de M.ª Figueras, que reproduce aquéllos, que, gloriosamente, cerraron la Era de las persecuciones, y que junto a la adaptación de un fresco del Vaticano, acerca la Visión de Constantino, constituyen las páginas centrales.

Sección III.—«A Guisa de Tertulia». Una comunicación inesperada de Isabel de Montoliu, nos reivindicada la figura del esposo de Santa Isabel de Hungría, el Landgrave Luis de Turingia, a quien la leyenda y aún la poesía, de que un colaborador nuestro se hizo eco, ha calificado de «muy dulce», cuando en realidad la Santa le tenía por su «muy dulce sueño».

Sección IV.—«A la luz del Vaticano». El fondo general de este número, nos ha movido a buscarlo con una de las obras maestras de nuestra literatura. Luis Creus Vidal, nos presenta al egregio autor, en **Costa y Llobera, poeta católico**, (págs. 17 y 18), y su Oda, **En las Catacumbas de Roma**, que encontramos en la pág. 19. Estas estrofas se nos ofrecen más vividas que nunca, en esta conmemoración de la fiesta de la Inmaculada de la Santa Cruz. Y nos hace gustar y apreciar debidamente su gran valor, el trabajo de nuestro insigne poeta, Luis de Montoliu, **Una oda de Costa y Llobera como lección viva de estética literaria**, (págs. 20 a 23). Finalmente, como hecho de relevante actualidad, presentamos **El discurso del Padre Santo en el V. aniversario de su coronación**.

Completan este número ilustraciones originales de Ignacio María Serra Goday.



HILADOS Y TEJIDOS DE LANA, ASTRACANES, TERCIOPELOS Y TAPICERIAS

Alegre & Puigbó, S. en C.

TARRASA

FÁBRICA
RINCÓN, 13 - TELÉFONO 2330

DESPACHO
PLAZA M. J. VERDAGUER, 13
TELÉFONO 2318

Técnicos, Ingenieros:

Leed

ACERO y ENERGIA

SIDERURGIA Y METALURGIA
INDUSTRIA TEXTIL
QUÍMICA

LA REVISTA TÉCNICA ESPAÑOLA MÁS COMPLETA

Redacción y Administración: AVENIDA GENERALÍSIMO FRANCO, 388 - TELÉFONO 79796 - BARCELONA

TRULLAS y PALAU

Aprestos, Tintes y Acabados



Oficinas: VÍCTOR PRADERA, 15, (Vapor Sala) - TELÉFONO 1929

TARRASA

CRISTIANDAD

NÚMERO 3 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48'— Ptas.

EJEMPLAR. 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1.º Mayo de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

B A R C E L O N A

“CRISTIANDAD” y la “ACCIÓN CATÓLICA”

El ideal social-religioso de esta revista nos lleva hoy a hablar de sus relaciones con la ACCION CATOLICA.

Varias razones nos mueven a ello:

La importancia suma de esta institución, tan querida de los Papas, cuyo «origen se remonta a los tiempos apostólicos» y cuyo «fin nobilísimo, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, coincide con la finalidad misma de la Iglesia».

El aprecio que, como católicos seculares, debe merecernos una obra que «es la participación del laicato católico en el apostolado jerárquico».

Y nuestra filial sumisión a la Jerarquía, y, en particular, al Vicario de Cristo y el Venerable Obispo de esta diócesis.

Però hay, además, otra razón que obliga a fijar nuestra atención sobre esta obra: La necesaria distinción y relación entre los fines de la ACCION CATOLICA y el fin que se propone esta revista.

En el campo anchísimo de la ACCION CATOLICA, que «de suyo no excluye nada de cuanto, en cualquier modo, directo o indirecto, pertenece a la divina misión de la Iglesia», pueden distinguirse dos clases de actuaciones: Las «derechamente enderezadas al auxilio del ministerio espiritual y pastoral de la Iglesia, y encaminadas a su fin religioso en bien directo de las almas»; y las demás «ordenadas principalmente a restaurar y promover en Cristo la verdadera civilización cristiana».

Las primeras, sin duda las más excelentes, porque se dirigen «in recto» al fin primario de la Iglesia, que es la santificación de las almas, no corresponden directamente a esta revista, que no presume de autoridad y competencia para tan alto ministerio.

En cambio, CRISTIANDAD guarda, sí, relación directa con las segundas, cuya importancia, aunque secundaria, es con todo evidente: No sólo por los bienes que en sí reportan a la sociedad, sino también por el positivo influjo que, a su vez, ejercen para el mejor logro del fin primario y principal de la Iglesia.

Precisamente, en razón a tales obras, la ACCION CATOLICA ha podido llamarse «social», pues «intenta dilatar el Reino de Cristo y, de este modo, al paso que se consigue para la sociedad el mayor de los bienes, se procuran los demás que de él proceden, cuales son los que pertenecen al Estado...», es decir, «además de los bienes sobrenaturales, otros de orden natural, a que de suyo no va ordenada la Iglesia, pero que se derivan de ella como por natural consecuencia».

Demostrar cómo la Iglesia, a través de los siglos, ha ido procurando tales bienes a la sociedad; cómo, desgraciadamente, van perdiéndose éstos a medida que disminuye su benéfica influencia; y cuáles son los remedios que Ella propone para recobrarlos y aun alcanzarlos con mayor extensión e intensidad, es uno de los fines principales de esta revista, auxiliar y colaboradora, en este aspecto, de la ACCION CATOLICA.

Entre dichos bienes, que constituyen los valores más preciados de nuestra civilización, descuellan, por ejemplo, la dignificación del trabajo y la cristianización del sentimiento de Patria.

A comentar algunos aspectos de los mismos, con motivo de las fechas del 1 y 2 de mayo, dedica CRISTIANDAD algunas páginas de este número, levantando, por encima de las diferencias de clase o de patria, el signo universal de la Santa Cruz, cuya fiesta celebra la Iglesia en estos días.



Días UNO, DOS y TRES de mayo

Mes de mayo, mes del esplendor primaveral, de plenitud de vida, con atardeceres ebrios de perfume y de luz... En él escribiría Goethe, seguramente, aquellos inspirados versos:

*Brota a torrentes de todas las cosas la alegría de vivir,
de la estrella más pequeña como de la más grande.
Y todo afán, toda porfía,
es paz eterna en el seno de Dios Nuestro Señor.*

Pero no olvidemos que este mismo mes puede ser perturbador en su misma esplendorosa belleza y deslizarnos inconscientemente por la pendiente de abismo sin fondo de un ingenuo naturalismo, o de un engañoso panteísmo. Contra ello hay que precaverse, no dejarse engañar por falsas apariencias de comodidad. Ante los esplendores de la naturaleza, el espíritu debe estar alerta, ponerse en guardia. No sea que olvidáramos que la vida es lucha y que nada se sostiene sin esfuerzo. Precisamente, este adorable mes tiene tres fechas de gran significado y sentidos contradictorios, que nos invitan a reflexionar sobre temas siempre palpitantes, porque afectan a la entraña misma de la vida social. Días uno, dos, tres de mayo... Fiesta del trabajo, fiesta patriótica nacional, fiesta de la Invención de la Santa Cruz. ¡Cuántas sugerencias! ¡Qué simbolismo en el significado de las mismas! ¿Internacionalismo? ¿Nacionalismo? Catolicismo. Casi, casi, tesis, antítesis y síntesis. Aceptemos, pues, esta invitación, y meditemos un poco.

* * *

¿Recordáis? La llamada fiesta del trabajo no era una fiesta. ¿Cómo podía serlo? No se hacen fiestas con odio y resentimiento. Era y es — aún existe en el mundo — un grito de guerra y de lucha. No la inspira y fomenta una sana exaltación del trabajo, fecunda actividad del hombre que imprime su espíritu en la materia inerte, ni exteriorización de un sano regocijo de descanso, compartido por compañeros de una misma tarea o profesión. Es la manifestación práctica del dogma de la lucha de clases. Pretende tener un sentido humano y fraternal, y, en realidad, es la negación de todo humanismo y fraternidad. «Proletarios de todos los países, ¡uníos!» ¡Qué triste sentido de casta! Y con él se pretende trabajar por la unidad del Mundo. ¡Qué inconsecuencia! Pero ¡ay! Pensemos en las causas de aquel odio y resentimiento, pensemos en las injusticias, los egoísmos, las continuas y persistentes conculcaciones del respeto que se debe a todo hombre de una sociedad organizada sobre los principios laicos y liberales, y que trataba al trabajador como simple instrumento de producción, como otra mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda..., y comprenderemos muchas cosas. Del error nace el error; de la opresión, la venganza y el resentimiento.

* * *

La fiesta nacional del Dos de Mayo fué siempre una fiesta patriótica. Tiene un sentido positivo de amor a la independencia patria. Siempre se ha considerado al patriotismo como una virtud, pero como tal es necesario velar por su pureza, protegerle de toda contaminación. No es precaución inútil, porque la época moderna, que tantas cosas ha sofisticado, ha intentado desfigurar el concepto de patriotismo, confundiéndolo con algo muy distinto — pura creación romántica — que se ha llamado nacionalismo. En

la Edad Media, se entendía por patriotismo el amor al bien de la comunidad de ciudadanos, sujetos a las mismas leyes y autoridad. Santo Tomás precisa: «Además, el amor a la patria se funda en la raíz de la caridad, que antepone las cosas comunes, como dice el Beato Agustín, exponiendo una opinión del Apóstol sobre la caridad.» Es decir, el patriotismo, según la doctrina de aquellos Doctores, es un fruto de la caridad o amor sobrenatural al prójimo. Esta sí que es una base firme, ideal y real al mismo tiempo. Modernamente, se ha querido convertir este humano y cristiano patriotismo, de contenido espiritual y concreto, en un nacionalismo lleno de vaguedades y ensoñaciones, que ha llegado a ser, en muchos casos, una falsa religión, de tipo fetichista, suscitadora de todos los odios y discordias que han culminado en los horrores de la guerra presente. Y ha ocurrido lo de siempre, en estos casos: que, al acentuar la nota mítica o de fácil sentimentalismo, se ha ido arrinconando lo más esencial, aquel fructífero «anteponer las cosas comunes a las propias». El patriotismo auténtico, fruto de caridad, no es ningún obstáculo, antes todo lo contrario, para que la sociedad humana se mantenga unida y en concordia, de la misma manera que el amor ordenado de la familia, en vez de entorpecer, favorece la vida de la patria. El nacionalismo, que viene a ser un amor desordenado de sí mismo — trasladando el concepto de lo individual a lo social —, es el fermento anárquico y disolvente que, al iniciarse la Edad Moderna, produjo la ruina de la Cristiandad, y es hoy el mayor obstáculo para una organización cristiana y unitaria del mundo. Hoy, más que nunca, hace falta inculcar un sano patriotismo que nos mueva a sacrificarnos gustosos por el bien ordenado de los demás; a obedecer y respetar a las autoridades representantes de la comunidad y que para el bien de la misma trabajen; a considerar un deber moral el acatar las leyes sin distinciones ni subterfugios, y a evitar todo lo que sea discordia e indisciplina.

* * *

Hemos condenado el internacionalismo y el nacionalismo como igualmente falsos y perturbadores de la buena organización de la sociedad humana. Es natural. Sólo puede pensarse en una humanidad unida y en paz, si ésta se halla animada por la caridad. Parece extraño tener que repetirlo: ni el odio, ni el resentimiento, ni los falsos ídolos de la raza y de la sangre, pueden unir, organizar nada. La sociedad humana sólo puede vivir en paz y armonía, si está animada por una virtud sobrenatural que venza y domine todos los malos instintos de nuestra naturaleza caída. Todo lo demás es hacerse ilusiones. En el oficio de la misa del día 3 de mayo, leemos que Santa Helena hizo buscar la Cruz de Jesucristo, y que ésta fué encontrada bajo los escombros de los templos paganos de Venus y de Júpiter. Magnífica realidad simbólica. El imperio de la Cruz, el reino de Jesucristo, no es empresa fácil, ni individual ni socialmente. Hay que vencer todas las resistencias de nuestra iniquidad — egoísmo, orgullo, sensualidad —; hay que destruir y apartar las ruinas de todos los templos paganos que aún imperan en el mundo. Es ingenua bobería, cuando no mala fe, creer que las cosas van bien naturalmente. No y mil veces no. La misma señal de la Cruz — misterio de amor y dolor — nos demuestra que el reino de Dios sólo triunfa en este mundo con esfuerzo y constante sacrificio. Esta es la lección de fortaleza y de sano optimismo que debe darnos la fiesta de la Invención de la Santa Cruz.

ENRIQUE FERRÁN ROGER.



LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

Dos festividades de la Santa Cruz celebra la Iglesia: la de la Invencción, el 3 de mayo, y la de la Exaltación, el 14 de septiembre. La Iglesia Oriental celebraba solamente la segunda en memoria de la victoria de Heraclio sobre el persa Cosroes. Ocurrió este episodio en 629. Pero ya hacía tiempo que la Iglesia Occidental conmemoraba la Invencción de la Santa Cruz por la madre del emperador Constantino, Helena. Del rescate y solemne reposición de la Cruz en Jerusalén, por Heraclio, nadie ha dudado jamás, antes se ha estimado como un hecho histórico incontrovertido. ¿Puede decirse lo mismo de la Invencción de la Vera Cruz? Esta pregunta tiene más importancia de lo que a primera vista podría parecer, porque trata no solamente de averiguar la historicidad de una tradición, sino que ello supone la autenticidad o falsedad de las reliquias de la Vera Cruz que veneramos en todo el Orbe. Vamos, pues, a examinar los fundamentos históricos de esta tradición.

El relato lo tomamos de las lecciones del Breviario en el día de la festividad, 3 de mayo. Dicen así: «Después de la insigne victoria que el emperador Constantino — aparecida milagrosamente la señal de la Cruz del Salvador — reportó de Maxencio, Helena, madre de Constantino, avisada en sueños, se dirigió a Jerusalén con la intención de buscar la Cruz del Salvador. Allí mandó derribar la estatua de Venus, que unos 180 años antes habían erigido los gentiles en el lugar de la Cruz, a fin de borrar el recuerdo de la Pasión del Señor. Otro tanto hizo en los lugares del Pesebre y Sepulcro del Salvador, sacando las imágenes de Adonis y Júpiter. Limpiado el lugar de la Cruz y practicada una profunda excavación, fueron halladas tres cruces y separado de ellas el título de la Cruz del Señor, y como no apareciese a cuál de ellas pertenecía el título, un milagro desvaneció la duda. Porque el obispo de Jerusalén, Macario, después de implorar la asistencia divina, aplicó las cruces a una mujer enferma, la cual, no habiendo experimentado mejoría alguna al contacto de las dos primeras, aplicada la tercera, al instante sanó. Helena mandó construir allí una magnificentísima basilica, en la que dejó parte de la Cruz engarzada en relicario de plata; la otra parte la envió a su hijo Constantino, la cual fué colocada en Roma, en la iglesia de la Santa Cruz en Jerusalén, edificada en los jardines de Sesorio. Envio también a su hijo los clavos con que fué fijado Cristo a la Cruz. De aquel tiempo data la ley de Constantino que prohibió ser usada la cruz como instrumento de suplicio.»

Como fácilmente se observa en esta narración hay un hecho substancial: la invención de la Cruz del Salvador; lo demás (milagro, tres cruces, etc.) es accidental, aunque en diversos grados.

Del hecho fundamental, creemos que no se puede dudar seriamente, pues lo afirman testigos de toda veracidad y seriedad, que pudieron conocer perfectamente las fuentes históricas, y además lo narran en circunstancias en que la falsedad o el apócrifo difícilmente habría sido recibido.

En efecto; según la tradición el hecho ocurría después de la victoria de Constantino sobre el Puente Milvio

(año 312), y fijando un poco más la fecha, debieron de comenzar las excavaciones por el año 330, en que se inauguró Constantinopla como capital del Imperio Romano, ya que en 335 escribía Eusebio, mientras se estaba dedicando la Basilica del Santo Sepulcro. Pues bien: de este hecho nos hablan ya con toda aseveración San Cirilo de Jerusalén, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Paulino, Rufino, Teodoreto, Sulpicio Severo, Sócrates, Sozomeno y San Gregorio de Tounai. De estos escritores, Sulpicio Severo, Sócrates y Sozomeno se dedicaron a investigaciones históricas, y sus Crónicas e Historia Eclesiástica son muy apreciadas. San Cirilo de Jerusalén era contemporáneo de los hechos (315-385), pues al ocurrir la invención de la Cruz del Señor vivía él en Jerusalén y algunos le suponen ya diácono de Macario; los demás autores mencionados nacieron por los años 340, 344, 353, 376, 385, 404, 442, 444 y 585, respectivamente. Pertenecen a Occidente solamente San Ambrosio, San Paulino, Rufino y San Gregorio; pero su testimonio no carece de interés, pues San Ambrosio habla del hecho en la oración fúnebre que predicó a la muerte del emperador Teodosio; San Paulino lo narra con ocasión de enviar un fragmento de la Vera Cruz a su amigo Sulpicio Severo, y refleja claramente una información directa que provenía de Jerusalén.

A estos testimonios todavía podríamos agregar otros que calificaríamos de secundarios, no porque lo sea su autoridad, sino porque no se propusieron hablar expresamente del suceso. Nos referimos a aquellos Santos Padres y escritores eclesiásticos de aquella época, que hablan de los fragmentos de la Vera Cruz que de Jerusalén se difundían por todo el mundo. Bástenos mencionar el testimonio de San Jerónimo, quien, escribiendo a Santa Eustoquio acerca de la peregrinación de Santa Paula, su madre, le dice: «Todos aquellos Santos Lugares recorrió con tanto afecto y diligencia, que de no haber tenido prisa por ver los restantes, no la hubieran podido arrancar de los primeros. Y al postrarse delante de la Cruz, la adoraba como si viera pendiente de ella al Salvador.» (Ep. CVIII, P. L. t. XXII, col. 883.)

Examinando ahora el contenido de las narraciones que del hecho de la Invencción de la Santa Cruz nos han dejado los mencionados autores, no deja de maravillarse la extraordinaria uniformidad aun en los pormenores de la narración. La que nos ofrece el Breviario Romano (y hemos transcrito más arriba) es casi a la letra la de Rufino (Hist. Eccles., lib. 1, cc. 7, 8; P. L. XXI, col. 476, sqq.). Los demás reproducen la misma escena con muy ligeros matices de variación. San Ambrosio, San Paulino, Sulpicio Severo, Rufino, Sócrates y Sozomeno, convienen en atribuir el hecho de la excavación y hallazgo de la Cruz a la actividad y devoción de Santa Helena, la cual obró bajo el expreso influjo de una inspiración divina (que San Ambrosio insinúa se manifestó en un sueño); los mismos autores afirman que fueron hallados juntamente los clavos y el título de la Cruz. Pero en esto se advierte una pequeña discrepancia que sirve para aquilatar el juicio crítico de dichos escritores. San Ambrosio dice, que al excavar el lugar de las cruces hallaron las tres en que

fueron crucificados Jesús y los dos ladrones, y que la Cruz del Salvador la identificaron por el título que llevaba. Identificada ya así la reliquia insigne de la Pasión, no era menester buscar una manera para distinguirla de las demás; de este modo se explica perfectamente que no haga mención de milagro alguno. Los otros autores, por el contrario, suponen que el título de la Cruz se encontró en el mismo lugar de las cruces, pero separado de ellas, de forma que no servía para identificar la del Salvador; para resolver la incógnita se acudió a la oración, y Dios Nuestro Señor obró el milagro. No hay duda que el recurso a los milagros en casos semejantes es muy popular y fácil de cautivar las ilusiones de la gente sencilla. Por esta causa muchos modernos creen que se trata de un milagro apócrifo o supuesto, sin verdadero fundamento histórico. Ciertamente es que no nos interesa para el fin que nos proponemos, discutir la autenticidad de este prodigio; solamente queremos hacer notar que pocos años después de este suceso ocurrió otro maravilloso que narra el mismo San Cirilo de Jerusalén, quien fué testigo presencial y se apresuró a contárselo al emperador Constantino el mismo día del suceso. Por lo demás, la pequeña disconformidad en el relato del mismo milagro, de si fué una mujer enferma (como dicen Rufino y Sócrates) o un cadáver (según atestiguan San Paulino y Sulpicio Severo) el que se aplicó a la Cruz del Salvador, creemos se puede explicar, por cuanto que los que afirman se trataba de una mujer enferma, dicen que estaba en estado agónico o moribunda. Sozomeno, que habla sin duda leído las fuentes históricas, notó la variedad, y admitiendo en la narración la curación de una mujer enferma, añade: «Dicen también que de la misma manera resucitó un muerto».

Cosa semejante ocurre con lo referente a los clavos de la Pasión. Excepción hecha de San Paulino, todos los demás autores mencionados hablan de los clavos que Santa Helena envió a Constantino, sin que expliquen cómo ni dónde fueron hallados. Sócrates, en cambio, advirtió tal vez la anomalía, y al hablar del hallazgo de las cruces dice expresamente que fueron encontrados los tres clavos en un rincón del lugar en que aquéllas se encontraban.

San Cirilo de Jerusalén no ha aparecido entre los testimonios de la narración del hallazgo de la Vera Cruz. Y es que este Santo Obispo no cuenta en ningún lugar

de sus obras semejante historia. Afirma, sí, que en Jerusalén se venera la Cruz en que fué muerto el Salvador, y añade que de Jerusalén se distribuyen por todo el mundo fragmentos de esta insigne reliquia. Es más, el día 7 de mayo del año 351, fué el Santo Obispo testigo de un prodigio obrado en la Santa Ciudad: una grande cruz luminosa, que destacaba en medio de la luz del sol, apareció sobre el horizonte y permaneció por mucho rato. Bajo la impresión del suceso, se apresuró el Santo a escribir a Constantino dándole cuenta del mismo, y en esta carta le recuerda cómo en tiempo de su padre Constantino fué hallada la Cruz en Jerusalén. El hecho, pues, queda en pie. Más pormenores no los da el Santo Obispo, aunque sí dice que Dios obró milagros en tiempo de Constantino y que los obra también ahora en tiempo de Constantino (alude a este prodigio que motiva su carta).

A no pocos hace peso en contra de la veracidad de la tradición el silencio que sobre el hallazgo de la Cruz se advierte en Eusebio de Cesarea, tanto más cuanto que este insigne historiador narra, con no poca detención, las actividades de Helena en Jerusalén y cuenta la dedicación de la Basílica del Santo Sepulcro. De todos modos, no podemos rotundamente afirmar que el silencio de Eusebio sea completo, puesto que él inserta en su historia una carta de Constantino a San Macario, Obispo de Jerusalén (el mismo de quien la tradición cuenta que intervinó en la invención de la Santa Cruz), en la que se dice: «La gracia de Nuestro Señor es tan grande que la lengua parece que no es capaz de expresar el milagro que acaba de obrarse, porque ¿puede haber cosa más sorprendente que ver el monumento de la Santa Pasión, por tanto tiempo escondido debajo de la tierra, y que ahora de repente se revela a los cristianos, precisamente al verse éstos libres de sus enemigos por la derrota de Licinio?». Este «monumento de la Santa Pasión que ha permanecido por largo tiempo escondido debajo de la tierra» parece que mejor cuadra a la Cruz de Jesús, que al Santo Sepulcro. Por tanto el silencio de Eusebio, no debe poner en duda un hecho tan atestiguado por otros escritores fidedignos.

Si a esto añadimos la veneración con que ya en el siglo IV se honraba la reliquia de la Cruz de Jerusalén, no nos quedará lugar a duda alguna, y tendremos que afirmar la veracidad del hecho histórico de la invención de la Santa Cruz.

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

CONSTANTINO el GRANDE y el TRIUNFO de la CRUZ

En el año 306 moría, en York, Constancio Cloro — llamado así por la palidez de su rostro, reflejo de una salud delicada —, y Constantino era proclamado Augusto



por sus soldados. Era éste, hijo de Constancio y de su primera mujer, Santa Helena. Mucho se ha discutido sobre la posición social de esta mujer, que unos quieren hija de un posadero, y otros llegan a creerla, incluso, hija de un rey bárbaro. Sea como fuere — aunque Maurice ha probado la falsedad de la primera hipótesis —, es innegable que la madre de Constantino, de la que Constancio Cloro hubo de

separarse más tarde, por razones políticas, para contraer nuevo matrimonio con la emperatriz Eutrepia — hija de su colega Maximiano Hércules —, profesaba ideas cristianas, en las que, probablemente, educó a su hijo Constantino. Es más: después de separada de su marido, llevó una vida honrada y piadosa de viuda cristiana, sin tratar de disputar la menor influencia a la nueva emperatriz Eutrepia (Maurice).

De su madre heredó Constantino rasgos físicos y cualidades morales. «La iconografía nos muestra — dice Maurice — que tenía de ella también su bello rostro, serio y grave, su mirada profunda, pero más brillante que la de Santa Helena.»

Al decir que ésta había educado a su hijo en las ideas cristianas, no queremos afirmar que Constantino las aceptase y practicase abierta y francamente; tenía aún mucha fuerza el paganismo, bien que estuviese ya en su declive, e influía todavía — siquiera no fuese más que por la fuerza de la tradición y por sus ceremonias exteriores —

no sólo en los paganos declarados, sino en muchos otros que, insatisfechos de la inanidad y materialismo de las ideas paganas, buscaban una verdad más espiritual.

Constantino, siguiendo el ejemplo de su padre, sin dejar de permanecer todavía en las prácticas paganas, cada vez favorecía más a los cristianos, en quienes veía unas cualidades morales — individual, social y políticamente considerados — de que carecía, en general, la sociedad pagana de su tiempo; quizá la constatación de este hecho por sí solo, iba produciendo en su espíritu la lenta evolución que habría de culminar en el episodio que vamos a relatar.

Mientras Constantino, proclamado ya Augusto, administraba la Galia y reducía a los francos y a los germanos, que se habían levantado a la muerte de Constancio Cloro, pretorianos y populacho llevaban al poder, en Roma, a Maxencio, hijo supuesto de Maximiano Hércules, que prometía al pueblo el consabido *panem et circenses* (pan y juegos de circo), y a los soldados, rienda suelta a sus pasiones (Maurice). No tardaron, pues, en hallarse frente a frente los dos príncipes, y, en torno a Constantino, los cristianos, que veían y sentían las muestras de afecto recibidas del Emperador; alrededor de Maxencio, los súbditos paganos y, de una manera especial, la población de Roma, la gran fortaleza del paganismo moribundo.

Pero, además, Maxencio tenía reunido en Roma un considerable número de tropas, entre las que se contaban las legiones pretorianas, guerreros experimentados y de un gran renombre militar, así como provisiones suficientes para resistir un posible sitio. Por el contrario, el hijo de Santa Helena se puso en marcha hacia Roma con un reducido número de tropas — unos 40.000 hombres — y, sobre todo, bajo la sombría sensación — uno y otras — de tener que pelear no ya con bárbaros, sino con legiones romanas que habían salido victoriosas en dos ataques, dirigidos contra Roma por los adversarios de Maxencio. Pero en el alma turbada de Constantino iba haciéndose, cada vez más claro, este razonamiento: si Maxencio se captaba por todos los medios, aun por los más abominables, la voluntad y la ayuda de los dioses — éstas eran las noticias que se tenían de Roma —, fuerza era también buscar una divinidad protectora. Y, dada la educación de Constantino, la conducta de su padre para con los cristianos, y, posiblemente, las insinuaciones de Santa Helena y su propia simpatía por los cristianos, cada vez más manifiesta, ¿a quién mejor podía pedirle ayuda que a su Dios? Y Constantino oró. «El Emperador — dice Eusebio, en *De Vita Constantini*, I, 27 — se puso entonces a implorar el socorro de este Dios, rogándole, suplicándole que se le diese a conocer y que, en aquel momento tan crítico, le tendiese una mano favorable.» Y al llegar a este punto, casi podemos decir que se presiente el milagro, porque Constantino, con «este deseo de conocer la verdad, con este llamamiento a la gracia» (Allard), reconoce y proclama su fe en la omnipotencia del Dios de los cristianos. Como dice el mencionado Allard, en

La persecución de Diocleciano y el triunfo de la Iglesia, tomo II, pag. 213, «es esto lo que ya distingue, desde entonces, a Constantino de los simples deístas, del mismo Constancio, adoradores silenciosos de una divinidad casi impersonal, con la cual el hombre no entra para nada en relación». Dios le escuchó y Constantino pudo ver que sobre el sol, que ya declinaba en el horizonte, aparecía una fúlgida cruz, rodeada de un círculo luminoso; y las estrellas comprendidas en él estaban agrupadas componiendo esta leyenda: *In hoc signo vinces* (con este signo vencerás).

Aquella noche, la que precedió a la batalla con Maxencio, Cristo se apareció en sueños a Constantino, llevando el símbolo que antes viera éste en el cielo, y le ordenó que hiciese un estandarte — el lábaro — que llevase la Cruz y sirviese a él y a los suyos de protección en los combates.

El lábaro componíase de un asta en cuyo extremo, y rodeado por un círculo de oro, resplandecía el monograma de Cristo, formado por las dos letras entrelazadas, la ji (χ) y la ro (ρ). De una barra transversal, que formaba cruz con el asta, pendía un velo de púrpura bordado en oro y piedras preciosas, ostentando en su parte superior las imágenes del Emperador y de sus hijos.

Así, con el nombre glorioso de Cristo escrito sobre el lábaro y sobre los escudos de los soldados, y con la cruz sobre sus cascos, según el testimonio del poeta Prudencio (1), entraron en combate las tropas del Emperador cris-

tiano con las fuerzas de Maxencio, a quien sus crímenes y su liviandad habían hecho cada vez más odioso a los habitantes de Roma. Por cierto que, habiendo consultado éste los libros sibílicos ante la inminencia del peligro que amenazaba la actitud decidida de Constantino, aquéllos contestaron: *Ille die hostem Romanorum perituro esse* (que aquel día perecería el enemigo de Roma). Y así fué, pues, tras encarnizada batalla, como se replegasen las tropas de Maxencio con su jefe y tratasen de huir por el puente Milvio, que unía las dos orillas del Tíber, hundiéndose aquél, y el «enemigo de Roma», Maxencio, pereció ahogado en el río, arrastrado al fondo por el peso de su coraza.

Constantino entró en Roma, triunfal, como ninguno lo hiciera hasta entonces. Todos le recibían como a verdadero libertador, y hasta los mismos senadores, paganos aún, hubieron de inclinarse y reverenciar el nombre de Cristo, que relucía sobre los escudos de los soldados de Constantino

IN HOC SIGNO VINCES. — Con este signo vencerás. Han pasado los siglos, y la Historia nos ha mostrado que esta Cruz es, en verdad, prenda y condición de victoria. Y hoy, como entonces y como siempre, si hay que vencer, con la Cruz y sólo con ella se vencerá.

JOAQUÍN FLORIT GARCÍA

Catedrático de Lengua y Literatura latinas.

(1) *Christus purpureus gemmanti textus in auro signabat labarum, clypeorum insignia Christus scripserat, ardebat summis crux addita cristis.*

(Contra Symmachum I, 486-488)



1.º DE MAYO

Rememorando una «fiesta» laica

Desfile monstruo en la plaza Roja de Moscú... Algradas en los bulevares parisinos, con rotura de escaparates y derribo de guardias de la paz... Violentas manifestaciones en Chicago... Choques sangrientos en las calles de Berlín y de Munich, entre socialistas y nacional-socialistas... Refriegas, entre los manifestantes y la policía, en Madrid, Sevilla y Barcelona, con intercambio de numerosos disparos y un balance de varios muertos y heridos.

He aquí una sucinta reseña del 1.º de mayo de 1932, que tengo a la vista, repetición de otros Primero de Mayo festejados con parecidos espectáculos de fraternidad universal, desde que, en 1864, Carlos Marx fundara en Londres, con el concurso de los colegas de varios países, la Unión Internacional de los obreros.

Fiesta es alegría, regocijo en ambiente de paz. Todo lo contrario de lo que ha venido siendo, invariablemente, esa mal llamada «fiesta del trabajo», que marca en el calendario laico una fecha de recrudescimiento del odio; una exhibición organizada de la violencia; una explosión colectiva del apetito de destrucción, tan arraigado en el hombre, suspendida hoy, momentáneamente, por hallarse el mundo interesado en espectáculos destructivos de mucha más envergadura. Para la generalidad de las personas, las manifestaciones callejeras del Primero de Mayo no han sido más que un episodio de la lucha de clases, una ostentación del movimiento obrerista que, a impulsos de las doctrinas de Marx, ha adquirido una nueva conciencia de sí mismo y aspira a instaurar en el mundo la dictadura del proletariado. Pero su significación es mucho más honda.

No es por azar ni por circunstancias fortuitas que esa exteriorización internacional de las fuerzas proletarias organizadas se ha señalado por actos de violencia más o menos acentuados. La violencia es el rito sagrado de una nueva religión que, desde hace tres cuartos de siglo, pugna por abrirse paso a fuerza de discursos y de metralla, contando más con la eficacia de ésta que con la de aquéllos, para imponerse como la única entre los humanos.

La lucha de clases no es más que una fase, el preludio del advenimiento marxista. Si el marxismo fuese, como aparenta, un movimiento de tipo exclusivamente económico, que tiende a suprimir la explotación del hombre, cuando por la evolución de las ideas o las sacudidas de la violencia hubiese logrado extirpar la dominación capitalista, instaurando un régimen satisfactorio para el trabajador, el marxismo debiera considerar alcanzada la meta y dedicarse, por lo tanto, a organizar la producción colectiva, a regular la marcha económica de la sociedad. Lejos de ser así, el marxismo pretende mucho más; se inmiscuye en asuntos que nada tienen que ver con la economía. No le basta ser el distribuidor de los productos; aspira a ser el repartidor de las ideas. No se contenta con monopolizar el suministro del estómago; quiere controlar también el suministro de la conciencia. De ahí su odio a la Religión; su verdadera vesanía antirreligiosa.

De consistir únicamente, el marxismo, en un sistema de organización económica, no tendría por qué invadir los fueros de la conciencia ni erigirse en director espiri-

tual de las masas. Sin embargo, el marxismo persigue con tanta saña a los predicadores de la Religión como a los rompehuelgas; muestra tanta aversión por las máximas evangélicas como por las teorías de Adam Smith, generadoras del desarrollo capitalista.

Cedo la palabra a Lenin, intérprete máximo de las doctrinas de Marx, para corroborar mis afirmaciones. En su obra *Partido obrero y religión*, escribe:

«Debemos combatir la religión. Este es el abecé de todo materialismo y, por consiguiente, del marxismo; pero el marxismo no es un materialismo que se queda en el abecé, sino que va más lejos y dice: hay que *saber* combatir la religión, y para esto hay que saber explicar de un modo *materialista* los orígenes de la fe y de la religión en el pueblo. La lucha antirreligiosa no puede limitarse a prédicas abstractas; debe establecer una conexión entrecuando entre ella y la práctica concreta del movimiento de clase, el cual tiende a *suprimir* las raíces sociales de la religión... Ningún manual científico hará desaparecer la religión en los pueblos sojuzgados por el presidio del capitalismo y sometidos a sus fuerzas ciegas de destrucción, en tanto que no aprendan a combatir conscientemente, con método, conjuntamente y con organización, esta *raíz* de la religión: la dominación del capital bajo todas sus formas.»

Adviértase que Lenin identifica la dominación capitalista con la existencia misma de la idea religiosa. Esta interdependencia que señala el pontífice del comunismo, es la aplicación del axioma de Marx, escrito en todos los muros del país soviético: «La religión es el opio del pueblo».

En todos sus escritos, Marx, pretende demostrar cómo la Religión es un instrumento de explotación, un sentimiento que adormece las facultades creadoras del hombre y que, al prometerle la satisfacción de sus legítimas aspiraciones en la otra vida, le deja en un estado de pasiva indiferencia para remediar los males e injusticias de la presente.

Veamos si existe algún fundamento para esta imputación, que consta de dos partes. La primera niega al espíritu religioso actividad creadora, pretende estigmatizarle como factor de atraso, reñido con los adelantos de la técnica. Esta afirmación es de una falsedad manifiesta, pues basta recordar que ha sido en el seno de la sociedad cristiana donde el espíritu creador del hombre, en sus más variados aspectos — intelectual, artístico y técnico —, se ha manifestado, al punto de deberle todo lo que la civilización actual posee, en contraste con el atraso y el estancamiento en que han permanecido los países orientales y los que no han salido del paganismo.

La segunda afirmación, la de subestimar los males e injusticias de la vida presente en espera de su reparación en la otra vida, toca de lleno la doctrina cristiana de la resignación, punto importantísimo cuya extensión y alcance vamos someramente a analizar.

En el Sermón de la Montaña dijo, efectivamente, Jesucristo: «Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los que lloran...» Pero, al lado de la proclamación de las bienaventuranzas, hay la parábola de los talentos, la

del administrador infiel, que son otras tantas exhortaciones a la actividad, a la previsión y a la diligencia. Hay el mandato de dar una túnica, el que tiene dos, al que no tiene ninguna... Hay las continuas amenazas a los avariciosos y egoístas, insensibles a las lágrimas y necesidades del prójimo. Hay, sobre todo, un pasaje del Evangelio, que es un mentís rotundo a la falsa interpretación marxista de que el Cristianismo ha de esperar lo todo del milagro, en vez de esperar lo de su propia actividad.

Es día de sábado, día de fiesta, y los discípulos de Jesús han recorrido mucho trecho sin comer, y tienen hambre. El hambre es una necesidad urgente; y, al pasar junto a unos trigales, los acompañantes de Jesús toman la iniciativa de cortar unas espigas y las desgranar para procurarse de qué nutrir su estómago. Los fariseos, aduaneros de la ley mosaica, se escandalizan. Jesús no reprende a sus discípulos. Al contrario, les defiende, contestando a los fariseos que no se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre. No les dice a sus discípulos que, si tienen hambre, se pongan en oración y esperen el milagro. El milagro de hacer aparecer miles de panes lo hará en el desierto, donde la muchedumbre famélica no tiene posibilidad de procurárselos. Junto a un campo de trigo no hay que esperar el milagro; hay que ingeniarse para convertirlo en alimento.

Este luminoso pasaje del Evangelio es, por sí solo, todo un compendio de la filosofía cristiana. La existencia del hombre discurre en medio de dos corrientes de acontecimientos: los debidos a lo volición humana y los originados por causas que escapan a nuestra voluntad. Hay los que pueden preverse y evitarse, los que están por encima de toda previsión y los que, aun previéndolos, carecemos de poder para evitarlos. De estos sucesos, los que están al alcance de la posibilidad, de los recursos del hombre, a éste compete resolverlos y encauzarlos. Tanto peor para él si se cruza de brazos. La oración puede hacer más fructífera la acción, no reemplazarla. Sólo los que exceden de su inteligencia, de su voluntad, debe aceptarlos como ordenados o permitidos por la Providencia. Frente a la desaparición del ser querido, que no pudo arrancarse a la muerte; frente al suceso infortunado, a la desgracia que no estuvo en nuestras manos esquivar, el ateo se desespera; el creyente se resigna. La resignación evangélica no es una posición pasiva, fatalista, frente a la vida; lo es, únicamente, frente a los acontecimientos que van más allá de las posibilidades humanas. Conformidad ante lo irreparable. Fortaleza de ánimo ante la adversidad que nuestra fortaleza material no pudo dominar.

La doctrina de la resignación cristiana no va más lejos ni tiene otra significación. Que alguien haya querido exagerar su alcance en provecho de sus propios intereses, no va contra el Evangelio, va contra una interpretación abusiva, malévolas, de la doctrina de Jesús.

En cuanto al contenido social del Evangelio, se halla por entero condensado en este precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». He ahí el principio que ha

de regular las relaciones sociales. Y como toda obligación supone un derecho, el reverso de este precepto puede formularse así: Todos los hombres tienen derecho a ser tratados por sus semejantes como hermanos. ¿Es éste el instrumento de explotación que Marx ha hallado en el Evangelio? Ninguno de los derechos de las clases desheredadas, proclamados por las escuelas socialistas y comunistas, ha ido tan lejos. Si los hombres tienen derecho a ser tratados por sus semejantes con amor, con mayor motivo lo tendrán a ser tratados con justicia.

Después de enunciar este precepto, era absolutamente innecesario e inoportuno que Jesucristo hablara de sindicatos, de la jornada de ocho horas y de salarios mínimos. Jesucristo vino a proclamar principios eternos, inmutables, no a entretenerse con cuestiones contingentes y variables según el lugar y el tiempo.

Cierto que, siendo la vida breve y la eternidad larga, el Evangelio se sitúa, lógicamente, más de cara a la otra vida. Pero sin perjuicio de dejar establecido un código completo de conducta para la presente.

¿En qué página de ese Evangelio, en qué frase de Jesús ha podido hallar el marxismo la aprobación, la consagración de la explotación del hombre por el hombre, la justificación de los excesos del capitalismo?

Es necesario que se tengan ideas muy claras sobre este punto. El comunismo no odia a la Religión por ser aliada del capitalismo. Si fuera ésta la razón de su odio, no tendría necesidad de renegar de la doctrina de Jesús un obrero, al fin y al cabo: un camarada. No tendría por qué abominar de un Evangelio que contiene tantos halagos para los humildes y tantos anatemas para los potentados y opresores. Le bastaría con darle una interpretación de clase. Predicar un neocristianismo de tendencia obrerista.

¡Singular paradoja! El Evangelio, defensor de los perseguidos y revolviéndose constantemente contra los escribas y fariseos, los grandes explotadores de la Ley, en aquel tiempo; el Evangelio, predicador de la verdadera fraternidad humana, la fraternidad sin pistolas ni fusilamientos, no interesa al marxismo. No le estorba este ni aquel dogma; no critica esta o la otra interpretación de la doctrina de Jesús. Le estorba el Evangelio todo entero. Odia la doctrina de Jesús y la figura de Jesús.

¿Por qué razón? Ya lo hemos enunciado al principio. Porque el marxismo pretende sustituir al Evangelio. Quiere ser también una religión, la única religión con derecho a existir en el mundo. Esta pretensión íntima del marxismo sólo puede hacerse patente allí donde, habiéndose superado la fase preliminar de la lucha de clases, aquél puede llegar a las últimas etapas de su plan de conquista. Es, pues, en la Santa Rusia, donde el marxismo tiene sus teólogos, sus definidores y sus exégetas.

Interesante tema, del que nos ocuparemos en un próximo artículo.

JOSÉ M.^a COMAS ROCA



Sugiriendo una visión del Dos de Mayo por sus raíces sustantivas

Esplendorosa y arrogante nos ha parecido siempre esta fecha: Dos de Mayo. En la visión superficial de la Historia episódica al alcance de la mano, en las lecturas enciclopédicas de la enseñanza primaria, en los conocimientos históricos intrascendentes del hombre de la calle, es esta fecha del 2 de Mayo de 1808 un elemento indispensable con cuya falta no hay que contar nunca.

Lo que sí es más difícil es que este conocimiento se extienda a las verdaderas causas de la rebelión del alma española, cristalizada un feliz día, 2 de Mayo de 1808. Con paradójica falta de lógica y de coordinación, las causas psicológicas que la misma Historia puede aportarnos, son desconocidas por los entusiastas conocedores de la epopeya de unas horas.

La epopeya de estas horas no hubiera sido posible sin una serie de factores. No hubiera sido posible si el pueblo de España no hubiera conservado intacta su vieja contextura con la fuerza invencible de sus tremendas virtudes. Al escribir esto, no lo hacemos para añadir una más al número de huecas y vulgares ponderaciones; lo hacemos, y vamos a dar pruebas de ello en seguida, para denunciar aquí una verdad histórica ciertísima, y que tal vez haya quedado demasiado desapercibida, o por lo menos poco ponderada: El 2 de Mayo de 1808 no es una fecha que debe incorporarse a la Historia con la naturaleza de mojón señalativo de un episodio más o menos importante. El Dos de Mayo es algo más que esto: es el índice de la reacción del pueblo español — subrayamos eso del pueblo español —, y por lo tanto de España, frente a todo lo que representaba la Revolución francesa, con sus antecedentes y sus consecuencias. El Dos de Mayo no fué una sorpresa.

* * *

La marcha de los acontecimientos franceses había llegado hacer algo más que eso que se llama conmover a un pueblo, en el pueblo español. Había obligado a sus gobernantes no ya a preocuparse de su reacción, a observarla y a dirigirla, si no a verse arrastrados por ella. Irrefutable testimonio nos da de ello esta pregunta de Godoy en la Consulta dirigida al Consejo de Estado en 24 de agosto de 1792: «¿Estamos ya en el caso de tomar un partido contra la Revolución francesa para reponer a aquel soberano en los justos derechos de su soberanía y libertar a su familia de las vejaciones que está sufriendo?» Esta vez, claro está que aún quedaba mucho para llegar a los tiempos liberales, todavía no eran los gobernantes los que arrastraban al pueblo. Era el pueblo el que arrastraba a los gobernantes y nada menos que a una guerra.

Los gobernantes y el pueblo. Puede decirse que nunca en España ha existido un divorcio tan completo entre ellos. Si no se señaló de manera ostensible fué porque el pueblo aún encuadrado en su manera de ser orgánica no estaba dispuesto para manifestar el desacuerdo. Más tarde ya fué distinto: el pueblo estuvo siempre poco o mucho por los gobernantes y los gobernantes hubieron de contar con poco o mucho pueblo. Pero entonces los gobernantes, hijos de las ideas enciclopedistas de su siglo, estaban tristemente incapacitados para dar forma a la posición del pueblo de una nobleza exaltada, radiante y elemental. Incapacitados por su formación afrancesada, por su incompetencia política, por su pusilanimidad ba-

rruca, por todo este conjunto de desgracias de fondo y de formas que Menéndez y Pelayo sintetiza calificándolo felizmente de achatamiento moral.

El pueblo estaba decidido a salir al paso a la Revolución con una guerra franca. Lástima que el poco espacio de que disponemos, nos prive de aportar datos preciosísimos acerca de ello. El pueblo escribía y leía folletos y aleluyas, componía canciones y escuchaba predicadores. El pueblo estaba dispuesto — esto era lo más grave — a dar su hacienda. El pueblo levantaba levass, el pueblo se dirigía al rey. Estos hechos están comprobados por un número tan desbordante de pruebas que aunque su existencia no haya sido suficiente considerada por nuestros historiadores, resultan abrumadoramente indiscutibles. De aquí el estupor de Godoy: «¿Estamos ya en el caso de tomar un partido?...»

Sin duda se estaba en este caso y vino la guerra. El entusiasmo popular se desbordó. El índice económico, de una significación siempre segura en todos los tiempos, marcó la cifra más alta en el termómetro europeo de aportaciones voluntarias para la guerra: 73 millones. En Francia se habían recaudado solamente 50 y en Inglaterra, 45. El fervor de los alistamientos llevó a reclamar un puesto en las filas a mozos de todos los pueblos de España, según nos dice el circunspecto y serio testimonio de Gómez de Arteche. No se entienda esto de reclamar y de desbordar, de superar cifras monetarias, como expresión de ditirambo ponderativo: rezan las cifras escuetas, hablan los informes oficiales y oficiosos de las Secretarías, cantan los escritos y los versos, las «aucas» y los chascarrillos de la tosca y noble elementalidad del pueblo. Godoy, tan reaccio y remolón para llegar al punto de la declaración de guerra, nos deja escrito en sus Memorias (pág. 112): «No fué en 93 un partido quien aprobó la guerra, sino la nación entera; y no sólo la aprobó sino que clamó por ella con entusiasmo generoso, y no clamó tan sólo, sino que corrió delante de ella con las personas, con sus riquezas, con sus bienes todos, no solamente los superfluos, sino los necesarios, desde los tesoros del grande de Castilla hasta el pobre maravedí del mendigo. Jamás la España mostró una decisión más pronunciada, más solícita, más activa, más universal.»

El pueblo había corrido delante de los acontecimientos, delante de la guerra. La comunicación del pueblo entre sí fué exultante. Se ha dicho que uno de los dramas más desesperantes que puede registrar la Historia es el de un gran gobernante, sin pueblo. Digamos ahora que más desesperante resultó todavía el momento dramático de aquel entonces para el pueblo español: el de un gran pueblo con salud suficiente para la grandeza, sin gobernantes aptos, no ya para conducirlo a ella, sino ni tan siquiera para encauzar sus posibilidades.

El pueblo se estrechó alrededor del rey. Por encima de todo, aparecía único este símbolo de la Patria. Mientras la guerra era decidida el rey era el blanco de todos los ofrecimientos. Oigamos un sermón dirigido al pueblo de Barcelona: «¡Oh, Carlos... amado Carlos! Tu pueblo español bendice tus providencias de precaución contra la infernal propaganda. — Pero decidme, catalanes, ¿no es verdad que vuestro amor al rey os hacía esperar con impaciencia la declaración de guerra contra este pueblo abandonado a sí mismo y enemigo de la humanidad?»

Así se inició por el pueblo su marcha a la guerra. Resonaban todavía calientes los dicitos y las protestas por

el regicidio de los Capetos. El eco con que la parte de acá de los Pirineos contestaba a las alucinantes voces de la Revolución parecía ser el del estribillo de la canción popular catalana a la muerte de María Antonieta:

«Ay malahida Fransa
la vindràs a pagar.»

* * *

Estas breves líneas no pueden recoger relaciones de hechos. No vamos a registrar las campañas de 1793 y 1795 en su parte episódica. En su parte de fondo histórico bastarían solamente las palabras de Godoy, para darnos idea de la naturaleza y la raigambre de los sentimientos del pueblo español frente a la Revolución.

Bástenos recordar lo ya tan sabido: que ni los gobernantes ni el Rey supieron permanecer a la altura del entusiasmo de los pueblos y del valor y las conquistas de los ejércitos. Su achatamiento moral, como diría Menéndez Pelayo, su miopía política y su inconsistencia siempre pronta a las combinaciones sin entereza llevaron a España a la paz de Basilea y, como consecuencia, a la más vergonzosa de ellas: la alianza con la República francesa.

Los años pasaron y llegó la hora del pueblo español otra vez. El sucesor de la Francia republicana se le entraba por las puertas y su naturaleza despertó de nuevo. Pero esta vez el pueblo no encontró la cortapisa del gobernante: sin él había quedado y sin él organizó espontáneamente esta resistencia aislada, ante cuya eficacia no queda más que enmudecer de admiración. Fué el pueblo, otra vez. Y los que quedaban aún tan prendidos en la red enciclopedista de la Revolución, sacudieron con extranjerizado remilgo el polvillo de su repugnancia a esta explosión de vida y de fe que España llevó hasta el fin. El conde de Toreno, con doctrinarismo de elegante y ceguera de afrancesado, llama a la epopeya del pueblo en la guerra de la Independencia «singular demagogía, pordiosera y aflagrada, supersticiosa y muy repugnante».

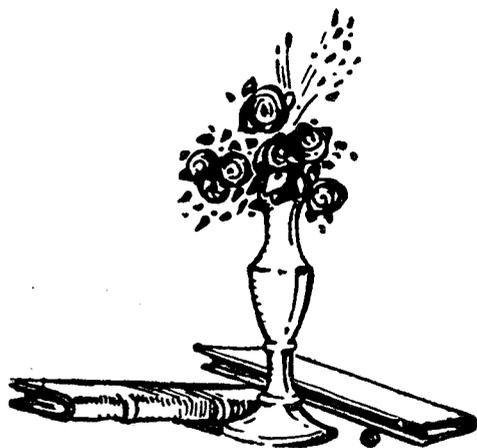
Si Napoleón hubiera estudiado con detenimiento el estado de los sentimientos del pueblo español, no hubiera contado entre las muchas sorpresas que le tenía deparadas la campaña de España, esta sorpresa psicológica de una reacción no menos psicológica. Reacción que no fué más que el efecto que podía esperarse del concepto que de Napoleón tenía el pueblo español: el del continuador de la disolución y del regicidio, el del usurpador

del trono de Francia, de aquella infiel y maldita Francia, que al fin de cuentas había de venir a pagar. Si el pueblo español organizó en un momento aquel valladar de resistencia, y encontró en sí mismo fuente inagotable de entusiasmo para combatir y derrotar a los franceses, fué porque junto al amor de la independencia tenía el manantial de su ortodoxia en animadversión con la Revolución.

Napoleón había concluido varias componendas con pueblos vencidos, entendiéndose siempre con sus gobernantes. La vez que más había de costarle el no imponer en todo su voluntad había de ser la entrevista con una bella enemiga: la reina Luisa de Prusia. La reina Luisa le recibió en lo alto de una escalinata, vestida toda de blanco y llevando sus mejores joyas antiguas, y encontró para esta difícil situación de reina legítima y vencida, una frase, que un autor encuentra de encantadora sencillez: «Perdone V. M. esta larga escalera». Napoleón, que a pesar de querer ser el Rodolfo de su linaje — según notificó a su suegro el emperador Francisco — llevaba en su sangre la ancestral galantería de los hidalgos corsos que le antecedieron, supo hallar una frase adecuada de contestación, con ribetes de ironía: «¡Qué no haría uno, Señora, para llegar a la que se encuentra en su amable fin!». Pero en España el caso era distinto: el camino de estabilización de la conquista no consistió en la simple ascensión de una larga escalera, en cuyo amable fin hubiera de encontrarse, como parlamentario, a una legítima reina vestida de blanco y adornada con joyas antiguas. Las conferencias con los Reyes precedieron en España a todo, y el papel de parlamentario que pudiera tener la agria e inquietante María Luisa, fué sustituido por la crudeza de los hechos: el pueblo había sustituido a Reyes y gobernantes, defendiendo en un hermoso despertar, como dice Menéndez Pelayo, a ellos y a sí mismo, a la entraña misma de la España eterna.

La memoria de la guerra de la Independencia vivió latente y actual en España mucho tiempo después de terminada, si no para los gobernantes, sí por lo menos para el pueblo. Los folletos, las canciones y los grabados que la habían precedido, la sucedieron narrándola y vivificándola después de su fin por el tiempo, años y años. Y ésta es la consecuencia de todo ello: el Dos de Mayo no es un hecho aislado. La historia del Dos de Mayo no es la que generalmente se nos enseña en la historia del manualito: comenzó mucho antes del Dos de Mayo y terminó mucho después. El Dos de Mayo no fué una sorpresa.

JUAN MANUEL MONTOBBIO JOVER





JOSE TORRAS y BAGES (1846-1916)

LOS DESTINOS DEL HOMBRE

Quien no considera al hombre más que en la tierra, tropieza con obstáculos invencibles y se encuentra con dificultades insolubles. Lo que ahora llaman el problema social, si se prescinde de la luz que viene de lo alto, queda un problema obscurísimo y que no se resuelve; el nudo podrá cortarse, pero no deshacerse.

Huyendo de la radiante fe de la Revelación divina, los hombres han de acogerse a la fe ciega de las necesidades humanas. Al prescindir de las ideas que iluminan y consuelan, han de acogerse a los hechos que constriñen y atormentan.

En una palabra, a la razón ha de subrogarse la fuerza, porque fuerza es, aunque respetable, la que se impone como una necesidad para la conservación del concierto social. Pero la fuerza ciega nunca es consoladora para aquellos que deben sufrirla.

LO ETERNO Y LO VARIABLE

El movimiento económico, sin una dirección, como todo movimiento sin dirección, sería un caos, una fuerza disolvente en lugar de ser aglutinante, y la sociedad, por exigencia de su propia naturaleza, ha de tener una ley de aglutinación. Nosotros somos los dirigidos y no los dirigentes; nosotros somos el elemento variable que opera los cambios; pero dentro de nosotros, sin que podamos arrancarlo de nuestra naturaleza, existe la eterna dirección, el derecho natural y el de gentes, según la terminología de la antigua escuela, que da unidad jurídica a nuestro linaje en el orden de todos los tiempos y en la extensión de todos los lugares, y que es el germen de vida que desarrollado constituye el cuerpo social con sus adecuados organismos. Los dos polos sobre que gira el movimiento económico en la sociedad, los dos términos necesarios del problema social son la propiedad libre y el trabajo; la propiedad o capital y el trabajo constituyen dos categorías jurídicas esenciales en la humanidad civilizada; lo que Dios dejó a las disputas de los hombres, la gran disputa moderna, versa sobre la conciliación entre estas dos categorías, y los esfuerzos de los hombres de buena voluntad se dirigen a armonizarlas.

Es claro que la justicia social, que el problema social no es un problema matemático de cantidades abstractas, sino que es un problema humano y, de consiguiente, complejo, al cual concurre la plenitud humana; no es meramente económico, sino también religioso, político, jurídico y hasta artístico, y por esto conmueve las mismas entrañas de la sociedad y preocupa a la Iglesia y al Es-

En los escritos del Ilmo. Dr. D. JOSE TORRAS y BAGES, Obispo de Vich, la sana doctrina de su magisterio deja traslucir además su fecunda y ponderada inteligencia. En pastorales y discursos, se ocupó con solícitud de la Cuestión Social, siendo buena muestra de ello el discurso que pronunció en la inauguración de la Semana Social de Sevilla en 1908, de donde hemos sacado las siguientes exposiciones. LE DIO POR TITULO:

Lo eterno y lo variable del cuerpo social

tado; y más que problema es conflicto o antinomia, como tantas antinomias hay en la vida humana que son necesarias a la vida y fuente de vida, porque así como del roce y del choque brota fuego que calienta y luz que ilumina, así hay antinomias que son ley de fecundidad, y, de consiguiente, necesarias; por lo tanto, la acción de los hombres de buena voluntad ha de dirigirse a suavizar y armonizar, porque hasta en los contrastes cabe y hay a veces una sublime armonía; las sublimidades humanas nacen generalmente de los contrastes y querer abolir los contrastes es una vulgaridad mortal y, de consiguiente, irrealizable, porque sería la abolición de la sociedad y vuelta de ésta a una situación selvática.

AMOR Y OBRAS

Los cristianos, a la gran contienda social de la hora presente, es claro que debemos aportar nuestras ideas, pero aún más debemos aportar amor. El amor suaviza las relaciones y da unidad y flexibilidad al cuerpo social. La rigidez de este cuerpo le ocasiona quiebras a cualquier movimiento del mismo. La razón humana es rígida y dura, y por esto con ella sola no se solventarán las dificultades sociales, porque los hombres no son razón solamente, sino que son una complejidad. La fórmula de esta complejidad, que da la inteligencia de lo qué es y de cómo debe ser tratado el linaje humano, es una fórmula divina. Sólo los autores saben la fórmula de sus obras y tienen la completa comprensión de las mismas. Nosotros los católicos poseemos esta fórmula, que consiste en saber que todos somos hijos de Dios, y que, de consiguiente, debemos amarle a El sobre todas las cosas y a los demás hombres como a nosotros mismos, puesto que son hermanos nuestros, y la humanidad una sola familia.

Es claro que esta fórmula no pueden poseerla, son incapaces de ello, los que no participan de nuestra fe en Jesús, nuestro dulce Salvador; pero, no obstante, la práctica de ella tiene un poder de atracción irresistible, aún sobre aquellos que no creen en Jesucristo. Por esto nuestra propaganda y nuestro trabajo social en favor de los obreros, más que en discursos, ha de consistir en obras. Bueno es el estudio y buena es la ciencia, y uno y otra son imprescindibles para el progreso social; pero son únicamente medios, y los medios, para producir sus efectos, necesitan un motor que los rija, y el motor máximo de la perfección social es el amor. Al amor verdadero, a la caridad, nadie le resiste y contra el mismo no existen argumentos, pues como una llama se apodera en seguida de la masa humana. Cuando el amor circula por el cuerpo social, cuando es su savia de vida, el cuerpo es flexible, todos sus miembros gozan de salud y contribuyen a la belleza de su estructura y al vigor de sus fuerzas, y participan de una misma vida; entonces, a su manera, la humanidad es una, como la Divinidad es una, cumpliéndose el deseo de nuestro Redentor Jesús con tanta vehemencia expresado el día antes de su sagrada pasión.

El ilustre director de la "Revista Popular", D. FELIX SARDÁ y SALVANY, inició en 1899 una serie de luminosos y amenos artículos con el título general: **CONVERSACIONES DE HOY SOBRE MATERIAS DE SIEMPRE**. En ellos, en forma de diálogo, trataba de asuntos religiosos, morales y sociales. **VAMOS A EXTRAER HOY EL TITULADO:**

La cuestión social

— Reparo, amigo mío, que conforme vamos acercándonos al 1.º de Mayo, se vuelve a discurrir por todas partes con más interés que nunca sobre este tema. Y, sin embargo, extraña la gente que, dada la importancia de él, nunca se os haya ocurrido tratarlo en vuestras conversaciones. ¿Qué pensáis, pues, de eso que anda hoy día alborotando a todo el mundo con el nombre de LA CUESTION SOCIAL?

— Pienso, en primer lugar, que este nombre, hoy tan en boga, carece, como tantas otras cosas modernas, de sentido común.

— ¡Hola! ¿Y no reparáis, amigo mío, que es el lenguaje general, y por ende el común sentir de todos los que hablan y escriben, el que ha bautizado con este antonomástico título la cuestión batallona del siglo XIX?

— Insisto, sin embargo, en lo mismo y voy a las pruebas.

— Vengan esas señoras pruebas.

— Decid, amigo mío. ¿Sobre qué versa o cuál es el fondo de esa famosa cuestión de que estamos tratando? Claro se ve que es en definitiva la cuestión del tener o no tener, a que reducía Sancho Panza todos los linajes, o de tener más o tener menos. Es cuestión puramente económica, al menos tal cual la plantea el siglo: es cuestión de dinero; es a sus ojos, cuestión esencialmente material, por no decir esencialmente materialista. ¿Estáis en eso?

— Sí, estoy perfectamente de acuerdo con vos.

— Tenemos, pues, reo y convicto de grosero materialismo a nuestro siglo, cuando así espontáneamente y por propio impulso hace de la cuestión de la riqueza la única cuestión social para él, como si dijéramos la única fundamental, la primaria, la anterior a todas, la que todas las demás entraña y resuelve. Y cabalmente esta cuestión no es fundamento de ninguna otra, sino consecuencia de todas; no es la cuestión primaria, sino una de las muchas secundarias; no es raíz o tronco, sino una de las varias ramas. Es impropio, pues, llamar campanudamente LA CUESTION SOCIAL a la que supone anteriores y superiores a sí otras varias cuestiones con más derecho a llamarse sociales. El actual conflicto que a todos amenaza, así a ricos como a pobres, es evidente castigo de Dios por grandes pecados sociales cuya responsabilidad espantosa sobre todos cae, así sobre pobres como sobre ricos. Y el arreglo de la cuestión social presente no se hará, si antes no se resuelven, con cristiano criterio, otras cuestiones sociales que lo son más que ésta que hoy nos aflige tanto, y que son sus verdaderos progenitores y ascendientes. ¿Empezáis a comprender?

— Os veo venir hace rato.

— Sí, amigo mío. ¡El mundo, ¡oh vergüenza!, no echó de ver que hubiese pavorosa cuestión social, hasta que se ha tocado a su dinero! ¡Esta parece ser la fibra más delicada y la entraña más noble de su materializado organismo! Hoy permite la Providencia que en el terreno de esos mismos intereses materiales se le libre la más recia batalla, con grandes probabilidades de que resulte de ella gravísima y espantosa catástrofe. De lo cual sacaremos, para enseñanza de todos, que no es la presente cuestión social la que ha de merecer nuestras más privilegia-



FELIX SARDÁ y SALVANY (1844-1916)

das atenciones, sino las otras que engendraron ésa, y de cuya eficaz y acertada solución pende que quede ésa un día u otro eficazmente zanjada. Hay, antes que ella y por encima de ella, otra que es su origen. La cuestión de si el mundo ha de andar regido por la Ley de Dios, como enseña la Iglesia católica, o por el mero derecho humano, como dicta el Liberalismo.

— Sí, realmente ahí está el «quid».

— Es preciso, de consiguiente, o que vuelva a reinar en el orden social el Dios verdadero de cielos y tierra, o que nos resignemos a que sea su único ordenador el falso dios de los clubs y de las plazuelas, después de haberlo sido el no menos falso dios de los Gabinetes y Parlamentos. O la Iglesia, cuyo código sacrosanto para pobres y ricos es el Decálogo; o la turba anónima, cuyo único programa es la anarquía. O el Catolicismo, único verdadero protector de los débiles y único verdadero enfrenador de los poderosos; o el Socialismo, por justos juicios del cielo, vengador azote de la Divina Justicia para los unos y para los otros.

— Pero decidme: saliéndonos ya de puntos de vista generales, en el conflicto tal como se presenta hoy entre pobres y ricos, ¿de parte de quién creéis está la culpa y de quién la razón?

— ¡Hombre! Contestadme antes a otra preguntita del alma. En un tren cuyas ruedas han saltado todas del raíl, y que en consecuencia va todo él a derrumbarse y estrellarse en mil precipicios, ¿a qué ruedas daréis la culpa del fracaso o a cuáles declararéis irresponsables de él? ¡Clama la Iglesia y grita a todas horas su supremo Pastor, mas no atienden a sus avisos los conductores del tren, empeñados en que han cambiado los tiempos y que, en su vista, no se debe proceder hoy a la antigua sino a la moderna! Cuando se ha dicho que «ciertas cosas pasaron para no volver», se ha fallado ya el pleito en última instancia ante los tribunales del día. De esta suerte ha quedado proscrita la ley de Dios del cuadro de las leyes por que debe regirse la sociedad humana, sin que en eso quepa ya a la Divina Majestad género alguno de apelación. En los sistemas modernos la ley religiosa es asunto puramente individual de cada uno, en que no debe meterse poco ni mucho la ley social. Y habiendo aceptado como única norma ese legal ateísmo, así pobres como ricos, así los de arriba como los de abajo, así los agresores de hoy como los agredidos, ¿a quién queréis dar la culpa de lo que acontece, si todos, a pretexto de querer ser libres, andan, como vulgarmente se dice, dejados de la mano de Dios?

EDICTOS LIBERADORES

Era el tiempo en que todavía no se recortaba la silueta del Calvario sobre el mosaico de Santa Pudenciana, en Roma, cuando de las pedregosas colinas de Israel iba muy pronto a surgir el más estupendo de los hallazgos arqueológicos de todos los tiempos: la Cruz del Salvador.

Aparecía, vieja de años y de moho, pero cargada de historia y en los lindes de la leyenda. Por que en leyenda se respalda la magnífica visión que Constantino perpetuara en el Lábaro, pedazo de fantasía labrado en oro.

Pero antes de que el Lábaro fuese el remate de una insignia, y el Monograma se exteriorizase como el Símbolo de una creencia, tiempo hubo en que sólo brillara a la tenue luz de una lucerna de aceite, en el húmedo arcosolio de un sencillo cementerio.

Pero el tiempo es veloz, y las fuerzas de los hombres, por obstinadas que hayan sido, no pueden detener las felices soluciones que la Providencia de Dios mantiene secretas en lo más arcano de su Mente. Llegó el siglo IV, de decadencia y lucha para el Imperio, pero de victoria para la nueva Religión. El Lábaro sale de su cementerio de Lucina... de Calixto..., y se asienta en los bordes que antaño posaran las águilas imperiales de Roma. Es el triunfo de la Iglesia, y aquí están estos magníficos exponentes, que son los Edictos Imperiales que van de Galerio a Constantino.

Porque tanto Galerio, como Licinio y Constantino, todos ellos y cada uno por motivos personales, fueron dando su tolerancia y reconocimiento a la nueva Religión.

EDICTO DE NICOMEDIA, de 311

«Entre las asiduas atenciones que hemos prestado al bien público ha sido una, establecer las cosas conforme a la antigua disciplina romana y hacer que se enmendasen los Cristianos, los cuales, despreciando presuntuosamente las prácticas de la antigüedad, abandonaron la religión de sus padres, y obstinados en ciertas ideas, fabrican a su capricho leyes y se reúnen en determinados lugares. Habiendo dado nosotros un Edicto para que todos se atuviesen a las reglas de sus antepasados, muchos de ellos padecieron, muchos perecieron. Viendo, no obstante, que la mayor parte persisten obstinados en su opinión, de manera que no quieren prestar el debido culto a los dioses ni tienen licencia para servir al Dios de los Cristianos, por nuestra clemencia y por la costumbre que tenemos siempre de hacer gracia a todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares, y reunirse en sus conventículos, sin temor ni molestias, con tal que conserven el debido respeto al Gobierno y a las leyes establecidas. Esperamos que nuestra indulgencia inducirá a los Cristianos a rogar a su Dios por la prosperidad y la salud nuestra y de la República.»

Esta es la angustiada situación del pagano moribundo frente a la nueva Religión; la clemencia, la súplica.

La causa pagana pierde terreno. El Cristianismo ha sido ya tolerado. Pero no tardará en equipararse a la religión pagana. Una entrevista tenida en Nicomedia, entre Licinio y Constantino, dió por resultado la promulgación del Edicto de 313, por el cual y como consecuencia de la entrevista que ambos tuvieron en Milán en 312, se equiparan las dos religiones. Pero Constantino precipita las cosas y en 313 promulga aquel Edicto de 312, pero reconociendo la supremacía de la verdadera Reli-

gión. He aquí el texto de este importantísimo Edicto al que se conoce con el nombre de

EDICTO DE MILAN, de 313

«Nos, Constantino Augusto y Licinio Augusto, habiendo llegado felizmente a Milán, y habiendo inquirido con especial interés todo cuanto se creyese conducente a la utilidad y seguridad públicas, hemos juzgado que entre todo lo que debíamos convenir para el bien universal, debíamos preferentemente ocuparnos en lo que atañe al honor divino, y dar a los Cristianos, lo mismo que a todos los demás, la libre facultad de profesar la religión que cada uno quisiere, para que la Divinidad que está en los cielos se muestre benigna y propicia a nosotros y a todos los que están sujetos a nuestro poder. Así, pues, según este nuestro parecer y rectísimo juicio, hemos creído que a nadie absolutamente debíamos negar la facultad de seguir, o las creencias de los Cristianos o las de la religión que le pareciese más conveniente para sí, a fin de que la Suma Divinidad, en honor de la cual concedemos la libertad religiosa, pueda favorecer a todos, como acostumbra su benevolencia. Por lo tanto, conviene que sepa tu fidelidad ser de nuestro agrado, el que dejando a un lado absolutamente todas las condiciones que aparecían en los anteriores rescriptos dirigidos a tu dignidad acerca del nombre de los Cristianos ¡y que eran completamente ajenas a nuestra clemencia y ciertamente dañosas! (Eusebio) ahora, pura y simplemente, todos aquellos que, en unión de voluntades, quieran observar la religión cristiana, puedan hacerlo sin inquietud ni molestia alguna. Hemos juzgado, que debíamos claramente advertir esto a tu solicitud, para que sepas que nosotros damos a los mismos cristianos la libre y absoluta facultad de profesar su religión... Y, además, hemos juzgado que debíamos decretar respeto a los Cristianos, que si en el tiempo pasado se hubiesen comprado por nuestro fisco, o por otro cualquiera, aquellos lugares en que ¡los Cristianos! solían reunirse, y de los cuales se hablaba en otra forma en los rescriptos dirigidos a tu fidelidad, sean restituidos a los Cristianos sin indemnización del precio, ni dificultad o pretexto alguno. Y los que los recibieron en calidad de don gratuito, los restituyan cuanto antes a los mismos Cristianos, y si, ya sea aquellos que los compraron, ya los que gratis los recibieron, pidiesen a nuestra benevolencia alguna recompensa, diríjase a nuestro vicario para que éste mire por ellos conforme a nuestra clemencia... Y para que las disposiciones de este decreto de nuestra benevolencia, puedan llegar a noticia de todos, conviene que insertes este nuestro rescripto en tu programa y lo promulgues por todas partes, para que a nadie pueda ocultarse lo que decreta nuestra benevolencia.»

Con esto, el triunfo de la Iglesia es absoluto. En 313, es reconocida religión oficial y aun que no suprimiera de momento el culto pagano, éste desaparecería muy pronto.

Porque el pensamiento de Constantino era el de atraer a todos a la verdadera religión, y así el mismo Emperador manifiesta ser de su convicción que «si él fuese tan feliz que atrajese a todos los hombres a la adoración del mismo Dios, este cambio de religión produciría otro en el gobierno». Y así fué. Por que los sucesores de Constantino encontraron en el Evangelio la pauta para establecer la reforma de las costumbres y suavizar el yugo de lo terreno en el cuerpo de los míseros.

LUIS M.^a FIGUERAS



LA VISION DE CONSTANTINO
Adaptación de un fresco del Vaticano, por I. M.^a Serra Goday



JAIME BALMES y URPI (1810-1848)

Si no estuviésemos en la profunda convicción de que la Religión católica domina todavía en el entendimiento y en el corazón de la generalidad de los españoles, no alimentariamos la esperanza de que en días muy lejanos haya de ver nuestra desgraciada Patria sentados los fundamentos de su prosperidad y ventura bajo la enseñanza y la inspiración de aquella religión sublime que la sostuvo por espacio de ocho siglos en su gigantesca lucha con el islamismo, que acompañó su pabellón triunfante al descubrimiento y conquista de nuevos mundos, que condujo sus huestes invencibles a las costas de Africa, que bendecía los laureles de sus ejércitos en Italia, en Francia y en Flandes, haciéndola respetar y temer de todas las naciones de Europa. Si la generalidad de los españoles hubiese abandonado la fe de sus antepasados, si rompiendo con todas las tradiciones de su Patria y menospreciando los más brillantes recuerdos de poderío y de gloria se hubiesen entregado a la incredulidad y al escepticismo, se apoderaría entonces de nuestra alma el desaliento y la postración, y no miráramos al Catolicismo con respecto a la nación española sino como un recuerdo estéril, como uno de aquellos blasones que, cubiertos de polvo y de orín, se conservan en las armerías de una familia antigua.

Afortunadamente no es así; repetidas veces hemos aseverado que la inmensa mayoría de los españoles conserva aún intacto el sagrado depósito de la Religión católica, a pesar de los trastornos de la revolución, de los esfuerzos de la incredulidad y de las asechanzas del Protestantismo. Y cada día que pasa nos afirma en esta convicción; cada suceso de importancia que sobreviene nos pone más clara esta verdad; cuanto más azorosas son las circunstancias y más críticas las situaciones, tanto más se pone de manifiesto que la nación española, trabajada por medio siglo de guerras y revueltas, no ha perdido todavía su religiosidad proverbial.

No es verdad que el pueblo español se levantara por una libertad política

No es verdad que el pueblo español se levantara por una libertad política de la cual no tenía ni podía tener ninguna idea; pero tampoco es verdad que la nación española se hallase en 1808 gloriosa y pujante; antes por el contrario, el estallido de la indignación popular reconocía por una de sus causas principales la vista del abatimiento y de la mengua a que nos condujera su gobierno

UNA GLORIOSA JORNADA ESPAÑOLA

La religión católica estrato radical del alma española

indigno de regir los destinos de una nación grande y poderosa.

Confesamos ingenuamente que tan lejos está de abrigarse en nuestro ánimo la opinión de que la idea de libertad, tal como se la concibió en 1812 fuese un elemento de resistencia a la invasión extranjera y que contribuyese en nada al sostén del entusiasmo nacional y al triunfo de nuestra causa, que antes bien somos de parecer que sirvió de embarazo a la marcha de los acontecimientos favorables a la causa de la nación,

Llevado a Francia Fernando por la aleve impostura de Napoleón, y después de las miserias y escándalos de Bayona, cuando todas las provincias de España sintieron aquel sacudimiento eléctrico que las levantó como un solo hombre, cuando constituída la nación en juntas donde entraron en confusa mescolanza todos los elementos abrigados en el seno de la sociedad, donde por la fuerza misma de las circunstancias apareció el elemento democrático al lado del aristocrático en igualdad completa, observamos, no obstante, que el grito que alzan, que la enseña que proclaman, no es otra que la de *Rey, Religión e Independencia de la Patria*; y ni uno ni otro de esos tres principios tenía afinidad ni semejanza con la libertad, tal como la entendieron los hombres que en 1812 introdujeron en nuestro suelo las innovaciones políticas.

El grito que resonó en los cuatro ángulos de la Península

El corregidor de Madrid lo ha dicho con mucha verdad en su notable alocución: el sentimiento de nacionalidad, el amor de los hijos de España a su Religión, a sus monarcas y a sus leyes; he aquí las causas del levantamiento de 1808: he aquí el secreto de que el pueblo de Madrid, inerme, abandonado a la desgracia, volviese de su letargo, y despreciando las falaces ofertas de felicidad y de ventura de sus opresores, puestos los ojos en la Providencia, se alzase valiente a resistir la odiosa dominación de las bayonetas extranjeras. Estas fueron las verdaderas causas, las únicas causas de aquel glorioso levantamiento.

Todos los que presenciaron aquel movimiento colosal, aquel levantamiento simultáneo de una nación de doce millones de habitantes, aquella lucha desigual de un pueblo sin gobierno, sin caudillos, sin recursos, sorprendido con la ocupación de sus mejores fortalezas por ejércitos numerosos y aguerridos, aquella lucha tenaz donde las victorias eran acogidas con el mayor entusiasmo, donde las derrotas eran recibidas con un orgulloso *¡Qué importa!...*, donde no se perdía jamás la esperanza ni aun en los más terribles desastres, donde se veía un pueblo entero decidido a vencer o morir en la demanda; todos, repetimos, los que presenciaron aquella guerra heroica, todos están acordes en que la religión obraba como un poderoso elemento para conmover las masas, para sostenerlas en los padecimientos, animarlas en los combates, entusiasmarlas en los triunfos y alentarlas en las derrotas. Nadie ha olvidado todavía el grito de *Rey y Religión que resonaba en los cuatro ángulos de la Península*, que era la enseña en el combate, y que estaba confundido en el corazón de la generalidad de los españoles con el noble sentimiento de la independencia de la Patria.

VISTA POR DOS PATRIOTAS ILUSTRES

Un despertar glorioso

Nunca, en el largo curso de la Historia, despertó nación alguna tan gloriosamente después de tan torpe y pesado sueño como España en 1808. Sobre ella había pasado un siglo entero de miseria y rebajamiento moral, de despotismo administrativo sin grandeza ni gloria, de impiedad vergonzante, de paces desastrosas, de guerras en provecho de niños de la familia real o de codiciosos vecinos nuestros, de ruina acelerada o miserable desuso de cuanto quedaba de las libertades antiguas, de tiranía sobre la Iglesia con el especioso título de *protección y patronato*, y, finalmente, de arte ruín, de filosofía enteca, y de literatura sin poder ni eficacia, disimulado todo ello con ciertos oropeles de cultura material, que hoy los mismos historiadores de la escuela positivista (Buckle, por ejemplo), declaran somera, artificial, contrahecha y falsa. Para que rompiésemos aquel sopor indigno; para que de nuevo resplandeciesen con majestad no usada las generosas condiciones de la raza, aletargadas pero no extintas, por algo peor que la tiranía, por el achatamiento moral de gobernantes y gobernados y el olvido de volver los ojos a lo alto; para que tornara a henchir ampliamente nuestros pulmones el aire de la vida y de las grandes obras de la vida; para recobrar, en suma, la conciencia nacional, atrofiada largos días por el fetichismo covachuelista de la *augustísima y beneficentísima persona de S. M.*, era preciso que un mar de sangre corriera de Fuenterrabía hasta el seno gaditano, y que en esas rojas aguas nos regenerásemos, después de abandonados y vendidos por nuestros reyes, y de invadidos y saqueados con perfidia e iniquidad más que púnicas por la misma Francia, de la cual todo un siglo habíamos sido pedisecuos o remedadores torpísimos.

Pero, ¡qué despertar más admirable! ¡Dichoso asunto en que ningún encarecimiento puede parecer retórico! ¡Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia; asperezas del Bruch, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los 9.000 tan maravillosa como la que historió Jenofonte!... ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe y prenda de victoria para el que sobrevive?

Guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII

Precisamente en lo irregular consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo; guerra infeliz cuando se combatió en tropas regulares, o se quiso centralizar y dirigir el movimiento, y dichosa y heroica cuando, siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo, lidió tras las tapias de su pueblo o en los vados del conocido río, en las guájaras y fraguras de la vecina cordillera, o en el paterno terruño, unguado y fecundizado en otras edades con la sangre de los domeñadores de moros y de los confirmantes de las cartas municipales, cuyo espíritu pareció renacer en las primeras juntas. La resistencia se organizó, pues, democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional, que surge aquí



MARCELINO MENÉNDEZ y PELAYO (1856-1912)

en los grandes peligros y en los grandes reveses, y fué, como era de esperar, avivada y enervada por el espíritu religioso, que vivía íntegro, a lo menos en los humildes y pequeños, y acaudillada y dirigida en gran parte por los frailes. De ello dan testimonio la dictadura del P. Rico en Valencia, la del P. Gil en Sevilla, la de Fr. Mariano de Sevilla en Cádiz, la del Padre Puebla en Granada, la del obispo Menéndez de Lúcar en Santander. Alentó la Virgen del Pilar el brazo de los zaragozanos, pusiéronse los gerundenses bajo la protección de San Narciso, y en la mente de todos estuvo (si se quita el escaso número de los llamados *liberales* que por loable inconsecuencia dejaron de afrancesarse) que aquella guerra, tanto como española y de independencia, era guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII difundidas por las legiones napoleónicas. ¡Cuán es cierto que en aquella guerra cupo el lauro más alto a los que su cultísimo historiador, el conde de Toreno, llama con aristocrático desdén de prohombre doctrinario, *singular demagogia, por-diosera y afeada, supersticiosa y muy repugnante!* ¡Lástima que sin esa *demagogia*, tan mal oliente y que tanto atacaba los nervios al ilustre conde, no sean posibles Zaragozas ni Geronas!

Los afrancesados

Sin duda, por no mezclarse con esa *demagogia por-diosera*, los cortesanos de Carlos IV, los clérigos *ilustrados y de luces*, los abates, los literatos, los economistas y los filósofos, tomaron muy desde el principio el partido de los franceses, y constituyeron aquella legión de traidores, de eterno vilipendio en los anales del mundo, que nuestros mayores llamaron afrancesados. Después de todo, no ha de negarse que procedieron con lógica: si ellos no eran cristianos, ni españoles, ni tenían nada de común con la antigua España, sino el haber nacido en su suelo; si además los invasores traían escritos en su bandera todos los principios de gobierno que ellos enaltecían, si para ellos el *ideal* (como ahora dicen), era un *déspota ilustrado*, un César impío que regenerase a los pueblos por fuerza y atase corto al Papa y a los frailes; si además este César traía consigo el poder y el prestigio militar más formidables que han visto las edades, en términos que parecía loca temeridad toda resistencia. ¿Cómo no habían de recibirle con palmas y sembrar de flores y agasajos su camino?

Semillas de impiedad esparcidas por los invasores

Entronizado José por el esfuerzo de su hermano, decretó en 17 de agosto la supresión de todas las Ordenes monacales, mendicantes y de clérigos regulares.

Tras de los conventos, suprimió las Ordenes militares, incautándose de sus bienes, y se apoderó de la plata labrada de las Iglesias, comenzando por las de Madrid y El Escorial. Los atropellos ejercidos en cosas y personas eclesiásticas por cada mariscal del imperio en el territorio que mandaba, no tienen número ni fácil narración. Pero no he de omitir que en 1809, fué bárbaramente fusilado, por orden del mariscal Soult, el Obispo de Coria, D. Juan Alvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años. El incendio de la catedral de Solsona en 1810, la monstruosa violación de las monjas de Uclés

en 1809, y los fusilamientos en masa de frailes y estudiantes de teología, que hizo el mariscal Suchet en Murviedro, en Castellón y en Valencia..., son leve muestra de las hazañas francesas de aquel período.

La larga ocupación del territorio por los ejércitos franceses, a despecho del odio universal que se les profesaba, contribuyó a extender y difundir en campos y ciudades, mucho más que ya lo estaban, las ideas de la Enciclopedia y la planta venenosa de las sociedades secretas, olvidadas casi del todo desde la Bula de Benedicto XIV y las pragmáticas de Fernando VI. Pero desde 1808 la francmasonería, única sociedad secreta conocida hasta entonces en España, retoñó con nuevos bríos, pasando de los franceses a los afrancesados y de éstos a los liberales, entre quienes, a decir verdad, la importancia verdadera de las logias comienza sólo en 1814, traída por la necesidad de conspirar a sombra de tejado.

A GUISA DE TERTULIA

N. R.—En el 1.º número de CRISTIANDAD, y en su artículo *Las Rosas*, nuestro colaborador Luis Creus Vidal, enalteció la dulce figura de Santa Isabel de Hungría en el episodio del encuentro con su esposo "rudo señor", "enemigo de socorrer al indigente", que la tradición y aún la leyenda han perpetuado. + Esta tradición, ¿es rigurosamente histórica? ¿Necesita la dulce figura de la Santa tal contraste con la de su esposo, que para ella debía ser tan querido? Una Isabel muy amante de su santa Patrona, intenta reivindicar, documentalmente, la buena fama del esposo de la Santa. Ninguna polémica podría ser tan simpática para esta sección, en que "a guisa de tertulia" gustamos tanto insertar todas las observaciones atinadas que recibimos sobre nuestros propios escritos. Para esto dejemos la palabra y la pluma a nuestra gentil y espontánea colaboradora Isabel de Montoliu.

Barcelona, 13 de abril de 1944.

Sr. Director de la Revista CRISTIANDAD. — Ciudad.

Muy señor mío:

Por aquel amor a la verdad tan propio de los que como colaboradores o como lectores de CRISTIANDAD compartimos un mismo ideal, no dudo tendrá usted la gentileza de permitirme llame su atención sobre cierto concepto inexacto vertido en el hermoso artículo *Las Rosas*, publicado en el primer número de la Revista. Al referir el milagro de las rosas de Santa Isabel de Hungría se dice del esposo de la Santa que era «rudo señor, enemigo de socorrer al indigente», «cruel esposo». Y precisamente el marido de Santa Isabel de Hungría, el Landgrave Luis de Turingia, fué todo lo contrario, esto es, tierno esposo y piadosísimo príncipe, según nos lo presenta la documentada *Vida de Santa Isabel de Hungría*, del ilustre conde de Montalembert, el cual nos dice en el prólogo de la obra que para escribirla agotó archivos y bibliotecas y vi-

vió incluso por algún tiempo en los lugares habitados por la Santa.

Le parecerá a usted tal vez pueril o desproporcionado que venga yo a querer rectificar el extremo aludido cuando se comprende que para el articulista, dado su objeto, era cosa secundaria, sin haber tenido por tanto, con toda seguridad, pretensiones de exactitud histórica. En realidad, tratándose de un hecho prodigioso tan popularizado y atribuido también a otras Santas, como Santa Casilda y Santa Isabel de Portugal, caben distintas versiones del mismo. Y será verdad o será leyenda. Pero como el marido de Santa Isabel de Hungría es, desde luego, personaje histórico, cuya vida ha podido reconstruirse perfectamente mediante multitud de documentos existentes de su época, me he sentido impulsada en honor de la verdad histórica y en honor de la humanísima Santa, patrona mía, a salir por el buen nombre de aquél a quien ella llamaba su «dulce dueño».

Hubiera querido aducir en apoyo de mi afirmación algún pasaje de la expresada biografía, pero desisto de

hacerlo porque hallo que son tantos y tan encantadores los que podría citar (no queriendo, por otra parte, alargar más esta carta) que creo lo mejor decirle que tengo a disposición de ustedes la expresada obra, segura de que habrá de interesarles. En ella verán ustedes que el matrimonio de Luis e Isabel fué un continuado y purísimo idilio, tronchado prematuramente por la muerte del esposo cuando, contando apenas veintisiete años de edad, se hallaba camino de Palestina como Cruzado de Cristo, a la cabeza de sus caballeros y de todos los Cruzados de la Alemania Central. También podrán ustedes comprobar que en la unión y gobierno de ambos príncipes, se da justamente una magnífica manifestación de aquel florecimiento de la Religión en la Edad Media de que con tanto acierto nos habla CRISTIANDAD en otro artículo de su primer número.

Rogándole excuse la libertad que me he tomado, quedo de usted afectísima

Isabel de Montoliu.



I. LA CULTURA

COSTA Y LLOBERA

Poeta católico

En nuestro anterior núm. 1 de CRISTIANDAD, el buen amigo V. Cremer Alonso nos ha hablado de Paul Claudel, poeta católico, en un interesante trabajo. Sugestivo artículo cuyo comentario nos mueve a llenar, hoy, las páginas de esta Sección.

Dice Cremer que no cabe establecer paralelismo entre él y cualquier otro de los poetas españoles.

Entendemos que precisa interpretar como es debido la mente y la intención de nuestro buen amigo, dando un aldabonazo a nuestra conciencia cristiana y nacional, que debe presenciar, sonrojada, cómo grandes valores nuestros no han alcanzado la categoría efectiva de poetas españoles conocidos y reconocidos como «transidos de catolicidad», empleando aquella su frase tan feliz.

¡Son tantos, en efecto, los valores de nuestra Patria que, por incomprensible olvido o negligencia, vemos arrinconados! ¡Es tanto lo bueno y lo grande, nuestro y bien nuestro, que deberíamos divulgar hasta hacerlo entrar, de hecho, como lo está de derecho, en la categoría de valor nacional!

Hoy vamos a admirar uno, ya desaparecido, pero bien contemporáneo, que, con justicia, ha sido llamado el Píndaro español, el moderno Prudencio. El poeta balear, el que fué Iltre Sr. Dr. Miguel Costa y Llobera. Admirable vate, tanto más cuanto que lo es en dos lenguas: ¡en la vernácula y en la del Maestro León!

Toda la Crítica está conforme en admirar, sin reservas, su portentosa Musa. ¿Será suficiente garantía — por falta de espacio — el contentarnos con citar a Menéndez y Pelayo y a Valera?

De sus «Líricas» (como hubiera podido decir de todos los demás frutos de su ingenio) le escribía el primero, desde Santander, en septiembre de 1889:

«...no puedo menos de manifestar a V. R. la admiración que me han causado algunas de las poesías del nuevo libro y el deleite con que he vuelto a saborear otras que ya conocía... El libro de V. bastaría para probar que todavía quedan poesía y poetas en España, a pesar de la tristísima decadencia que se siente en esto. Pero lo que es verdad respecto de la masa de los que escriben, no lo es respecto de los ingenios tan excelsos como el de V., que pasarían por grandes líricos en cualquier país y en las mejores épocas literarias... Si en los versos catalanes ha puesto V. lo más hondo de su sentimiento y lo más grandioso de su imaginación descriptiva, la lengua castellana, como más trabajada, culta y literaria, parece que se presta mejor a la expresión de los altos conceptos de la poesía sabia, a la vez que inspirada, que resplandece en algunas piezas de este volumen, especialmente en la oda insuperable a las Catacumbas...»

Y Valera dice en su tomo V del Florilegio, 1903: «...no por esto puede decirse que la poesía lírica haya decaído entre nosotros. Poetas no inferiores a Quintana, Espronceda y Zorrilla... que en el siglo XX viven aún... sin afirmar que sea el único, sino sólo el que más viva y luminosamente acude y se presenta a mi memoria, el presbítero mallorquín don Miguel Costa.»

Por ser especialmente propia para CRISTIANDAD, y más que nunca en este número de hoy — la Invención de la Santa Cruz y el primer triunfo público del Cristianismo — creemos acertar eligiendo, entre sus obras, para mejor dar a gustarlo, la que, como hemos visto, Menéndez y Pelayo y la crítica unánime señalan como su composición maestra: En las Catacumbas de Roma. Maestra en inspiración, en técnica literaria, en contenido, y, sobre todo, en genio.

Pero composición de esta enjundia merece llegar al lector, acompañada de un comentario debidamente autorizado, que ponga muy en relieve los grandes méritos que atesora. De ello se ha encargado dignamente nuestro gran crítico, Manuel de Montoliu, profundo conocedor del vate balear. El cuidará de hacerlo en Una Oda de Costa y Llobera, como lección viva de estética literaria. Tan sólo permítasenos unas breves palabras editoriales.

* * *

Transcribe Cremer Alonso, aun cuando con otro objeto y sentido, en el artículo que ha motivado el actual, de un gran poeta filósofo — cuya no ortodoxia, para el caso, no es cuestión — el profundo pensamiento — no exclusivo suyo — de que «...el árbol, cuanto más ahonda sus raíces en la tierra, más alta y frondosa yergue su cúpula en lo alto».

¿Sería osado aplicar esta imagen al «Árbol de la Fe», de Costa y Llobera, cuyas raíces son estas catacumbas?

Estas catacumbas romanas, cantadas por el vate, que

«...son minas del espíritu
que han derribado un mundo;
son las raíces húmedas
del árbol de la fe!»

Y este Arbol de la fe ha visto a menudo podadas, por la persecución o por la malicia, varias de sus ramas más esplendorosas; pueblos y Naciones enteras. Entre ellos, los del septentrión de Europa, laboriosos y enérgicos, pero cegados por su orgullo nórdico, que los ha separado del redil. Ramière — lo hemos visto en nuestro primer número — nos recuerda que este Arbol, desde hace trescientos años, sufre los efectos de un vendaval que, lejos de amainar, redobla aún sus furias. ¡Que raro, por tanto, podrá parecer, se hayan desgajado ramas, o que bajo tales embates haya podido detenerse, en apariencia, el crecimiento de su cúpula!

Pero, a pesar de todo, debemos afirmar nuestra esperanza. Subsiste, providencialmente, la espiritual herencia, cada día más viva, de la Iglesia de las Catacumbas, pese a que los restos materiales de las mismas nos parezcan poco completos para nuestra pia curiosidad, por cuanto

«...tras larguísimas
edades de alto olvido,
...este depósito
sagrado fué esparcido,
cuando ni ya una lápida
entera es dado hallar...»

Subsisten, generosas y profundas, aquellas raíces húmedas. Esta humedad es la de su savia. Savia de sangre, como dice el poeta: «...hervía la sangre de los mártires en urnas de cristal». Savia que sube constantemente para vigorizar el tronco y el ramaje que pretenden secar, en vano, los soles, y arrancar, impotentes, los temporales. Y estas raíces son tan poderosas y extensas que dan derecho a la necrópolis a sentirse otra vez y más que nunca

«...fecunda
con los sagrados gérmenes
de inmenso porvenir,»

y dan motivo, volviendo al «Arbol de la Fe», a esperar que éste, haciendo su cúpula proporcionada a tan formidable raíz, la extienda sobre todo el orbe, estallando en una nueva floración, en un nuevo desarrollo, hasta proteger el Mundo que en su ceguera quiso desertar de su protectora sombra en la hora de la apostasía.

Este es el sentido definitivo, la intención de Costa y Llobera, poeta católico, en su magna Oda. Canta el hechizo de aquellas Catacumbas, sagrado depósito de los restos, no ya tan sólo de unos mártires, sino de toda una sociedad mártir, exquisita, que sufrió y murió por Cristo; pero no se detiene aquí. No se contenta con el lirismo, por emocionado que éste sea, de un recuerdo, poético pero pasivo, sino que, acometedor y guerrero de la noble lucha, recoge de estos mismos sagrados restos lo que más importa: el germen fecundo para la victoria definitiva, el glorioso Reinado de Cristo.

Y esto le conduce a iniciar una de sus estrofas — que Montoliu luego nos ponderará mejor — de un modo que sólo un Genio podía, por lo decisiva, concebir. Aquella estrofa que, en el mañana feliz en que no habrá más que «un solo rebaño y un solo Pastor», se aplicará — ¡consolador pensamiento! — igualmente a los gloriosos restos de los conspicuos mártires de la época de Decio y de Diocleciano, que a los nuestros. Aquella estrofa que también se aplicará a los restos de nosotros, pobres cristianos débiles y enfermizos de este fatigado siglo xx, que sólo por el camino de la humildad, misterioso y providencial, podemos y debemos osar considerarnos los sucesores, indignos sí, pero legítimos, de aquellos nuestros antepasados.

De unos y otros restos repetirá la voz del Porvenir la estrofa de Costa:

«...en tanto, estremeciáanse
los huesos, de esperanza!

como si estos huesos presintiesen ya, no solamente victorias como lo fué la primera, la que hoy celebramos, la de la aparición de la Cruz ante el ejército de Constantino, sino otras, más lejanas, pero, por lo mismo, como esperamos, más definitivas.

Cuando, tras otro Puente Milvio, de nuevo la Cruz, y esta vez para siempre, ilumine al Mundo.

* * *

Pero pasemos a admirar, sin reservas, esta Oda sublime, tan propia de la citada conmemoración litúrgica. Oigamos a Costa y Llobera, poeta católico.

LUIS CREUS VIDAL.

En las catacumbas de ROMA

¡Salve, callada y fúnebre
ciudad del Dios viviente,
inextricable dedalo,
cuyo opresor ambiente
de tumba, da al espíritu
auras de vida y luz!
¿Qué templo de oro y mármoles
tan sacro afecto imprime
como tus ciegos ámbitos,
que en tosquedad sublime
narran aún los inclitos
trofeos de la Cruz?

Mirad: de abiertos lóculos
se cruzan galerías
sin cuento, y otras ábrese
más hondas y sombrías,
y otras aún... Ni límite
ni vida aquí se ve.
Cavando el *Fossor* místico
trazó ese plan profundo:
son minas del espíritu
que han derribado un mundo;
son las raíces húmedas
del árbol de la fe!

Aquí, al bajar los mártires,
tras el combate cruento,
dormían, como héroes
de vuelta al campamento,
hasta que trompa bélica
los llame al nuevo albor.
Sólo una palma, un título,
por signo de victoria,
o breve alguna súplica
decían la alta gloria
de luchas que a los ángeles
causaran estupor!

Aquí, en augustos símbolos,
el arte, ya cristiano,
de pensamiento altísimo
nació y de tosca mano.
Sobre estos muros lóbregos
sus rasgos contemplad.
Las manos abre en éxtasis
la austera, blanca *Orante*;
el *Buen Pastor* alégrase,
que halló la oveja errante;
reparte el *Pan* múltiple
festín de caridad...

Lanza a Jonás incólume
el monstruo en firme orilla;
resurge el muerto Lázaro;
y libre la avecilla
vuela al paradisiaco
ramo de olivo en flor...
Doquiera emblemas fúlgidos
de un infinito anhelo,
entre terror y lágrimas
arcanos de consuelo,
ungidos en el bálsamo
del Verbo Redentor!

Al pie de estas imágenes,
oculto a los profanos,
el rito sacratísimo
unía a los hermanos
en Cristo Dios, partícipes
del Cáliz y del Pan.
Aroma y pías lámparas
gozaba el aire inerte,
henchíase de cánticos
el reino de la muerte,
o en él voz apostólica
se oía con afán.

Así de tantas víctimas
en el sepulcro mismo,
atletas educábanse
de nuevo al heroísmo;
crecía el pueblo innúmero
de un solo corazón.
Aquí los catecúmenos
lograban su alma fuente,
su velo aquí las vírgenes,
y el triste penitente
hallaba en penas ásperas
dulzuras de perdón.

Quizá a deshora el huérfano,
la viuda solitaria,
junto a reciente túmulo,
dejaban su plegaria
en fresco ramo o trémula
lucerna sepulcral.
Susurro cual de espíritus
la gran quietud tenía;
un estro apocalíptico
vibraba en torno... Hervía
la sangre de los mártires
en urnas de cristal!

¡Y en tanto estremecíanse
los huesos, de esperanza!
Tal bajo glebas húmedas
el grano que se lanza,
palpita deshaciéndose,
su fruto al presentir...
El asperón volcánico
la muerte aquí profunda
sembraba, y la necrópolis
sentíase fecunda
con los sagrados gérmenes
de inmenso porvenir.

¡Oh! cuando aquellos Césares
de omnipotente solio,
en pompas augustísimas
subiendo al Capitolio,
uncían reyes bárbaros
al carro triunfador;
y el *salio* cantar pristino
decía el hado eterno
de la Ciudad de Rómulo,
y universal gobierno
le prometía el áuspice
con ojo escrutador;

¿quién ya la herencia altísima
buscara del Imperio
en estos antros fúnebres,
do en sangre y vituperio
ahogada al fin creíase
la insania de la Cruz?
Mas ya en sublime vértigo
giraba aquí el destino;
y a la imperial catástrofe
del gran poder latino
adelantóse el lábaro
de Cristo en plena luz.

Y entonces, de sus númenes
desierta ya la altura,
vió Roma sacras pléyades
de tanta sepultura
surgir... Miró sus víctimas
al mundo sojuzgar.
Vió coros de Pontífices,
ancianos y matronas,
varones y albas vírgenes,
con palmas y coronas,
entre el incienso y cánticos
del nuevo, puro altar.

Mas ¡ah! la *Orante* mística,
de Cristo eterna esposa,
en templos ya de pórfido
y en luz esplendorosa,
su heroico asilo lúgubre,
su cuna no olvidó.
No desdenó en su púrpura
bajar a estas moradas:
aquí guardó a sus inclitos
las tumbas no violadas,
y en áureo metro Dámaso
sus lápidas ornó.

Y hoy mismo, tras larguísimas
edades de alto olvido,
después que este depósito
sagrado fué esparcido,
cuando ni ya una lápida
entera es dado hallar,
repiten sacros cánticos
las grutas más sombrías,
y ven, de nuevo abriéndose,
cegadas galerías
piedad y ciencia unánimes
su sombra penetrar.

Ved: la suprema Víctima
de nuevo aquí se ofrece;
de flores y de lámparas
ornado resplandece
abierto algún sarcófago
como llamando a sí.
¡Es que la *Orante* présaga
los tiempos ha previsto,
y cuando el siglo apóstata
rechaza más a Cristo,
atrae ella los ánimos,
atráelos aquí!...

Lo quiere Dios. Juntémonos
en sola un alma, hermanos;
y, de la fe por símbolo,
antorchas en las manos,
cruzamos la necrópolis
en vaga procesión.
¡El himno de los mártires
en sus abiertas tumbas
resuene, y con el hálito
de tantas catacumbas
temple en vigor pacífico
cristiano el corazón!

ROMA, ENERO DE 1890

Una oda de COSTA y LLOBERA como lección viva de estética literaria

por MANUEL DE MONTOLIU



tuvieron, ya en vida, alejado de los cenáculos literarios en los que los escritores se afanan en abrirse camino hacia el codiciado tesoro de la popularidad, la fama y la gloria. De estas recompensas, si no puede afirmarse que después de su muerte haya conseguido la primera, es indudable que ha cosechado las dos últimas: fama y gloria póstumas que, cimentadas sobre la firme base del juicio de su gran contemporáneo, Menéndez y Pelayo, están hoy aseguradas, cuando menos, entre las más selectas minorías intelectuales de nuestra patria. Así, en nuestros días, al autor de tantas maravillas en la lírica castellana y la catalana, lo vemos nimbado de aquella fúlgida aureola que sólo circuye la frente de los clásicos; porque Costa y Llobera se nos aparece hoy como doblemente clásico. Clásico en el sentido de definitivamente consagrado como poeta digno de pasar a la posteridad por su valor representativo de la sensibilidad espiritual de una época; y clásico en el aún más noble sentido de autor de obras que pueden ser presentadas como dechados de perfección conceptual y formal, y como modelos perennes para la educación del gusto de las venideras generaciones.

Hay en la personalidad de Costa un realismo que se extiende a más de un aspecto. En él, efectivamente, podemos apreciar en acción un poeta romántico y un poeta clásico que no se hallan separados para alternar uno con otro, para aparecer el uno con el completo eclipse del otro. El sentido romántico y el clásico de la poesía que actuaban en él conjuntamente, aparecen fundidos en todas sus obras; sólo que el equilibrio entre ambos era logrado, según la índole de la poesía, con el predominio y el señorío del uno sobre el otro. Sentimiento que cae de lleno dentro de la modalidad romántica, es el que se exhala indiscutiblemente de sus primeras poesías mallorquinas; y, sin embargo, ¡qué fondo de sapiencia clásica, qué calma olímpica, qué radiante serenidad unge toda la viva espontaneidad de aquellas expansiones de su alma juvenil! Y si recordamos sus libros de inspiración más clásica, cuales son las *Líricas* y las *Horacianas*, ¿no habremos de convenir en que las normas clásicas que presiden la composición de esos poemas, carecen de aquella rigidez escolástica que convierte a tantas composiciones de otros ingenios menos equilibrados en enjutos ejercicios de erudición poética, y no habremos de admitir que han dejado paso libre, aunque controlado, a la inquietud intelectual y sentimental de nuestros tiempos, no tan

alejados aún de los del romanticismo, que se hallen del todo exentos de su poderoso efluvio póstumo?

De sumo interés resulta notar cómo este dualismo clásico-romántico, se refleja según prevalezca uno de sus elementos sobre el otro, en el dualismo lingüístico de la musa del gran poeta balear. Podríamos llegar a la conclusión de que cuando el poeta sentía prevalecer en su interior lo romántico sobre lo clásico, instintivamente, espontáneamente, daba la preferencia a la lengua vernácula, menos sujeta a las trabas y estrecheces que impone una tradición gramatical secular a otras lenguas más severamente codificadas, y por esto mismo más flexible, más dócil, más plegable a los infinitos matices de una emoción puramente lírica, en la que poca intervención tiene el pensamiento abstracto. Por el contrario, la lengua de Cervantes se le imponía desde el primer momento cuando ante la calidad más intelectual, más abstracta, más noble, más universal del tema se sentía la mente y el corazón henchidos del aliento inspirado de los antiguos clásicos. En pocas palabras, para lo anecdótico, lo sentimental y lo documental, la lengua vernácula; para lo perenne, lo intelectual y lo monumental, la castellana. Indudablemente, podrían hacerse objeciones a esta repartición, porque poesías hay entre las catalanas, de carácter monumental, por ejemplo, *El pi de Formentor* y toda la colección de *Horacianas*. Sólo me limitaré a observar que en aquella no es nada despreciable el fondo anecdótico y esencialmente romántico que se oculta bajo la severidad de la forma clásica. Y en cuanto a las *Horacianas*, me atreveré a afirmar no sólo que no las conceptúo su obra maestra en lengua catalana, según una opinión casi general, sino que Costa sufrió una equivocación al no decidirse a escribir aquella manifestación de poesía perenne y universal en una lengua que, como la castellana, por su gran regularidad y firmeza gramatical, por la antigua e ininterrumpida tradición de su uso literario, y por su universalidad, ofrecía al poeta muchas más garantías de éxito que su idioma vernacular.

Hemos creído necesario extendernos en las consideraciones precedentes porque las juzgamos preliminares indispensables para examinar con fundamento plenamente objetivo su magna composición *En las Catacumbas de Roma*, objeto de este artículo. Del mismo modo juzgamos indispensable el «situar» esta composición dentro del ambiente en que fué concebida y escrita, y dentro del proceso moral y psicológico de la vida de su autor.

La estancia en Roma de Costa se prolongó cinco años: de 1885 a 1890. Llevaba escritas y publicadas todas las composiciones catalanas que figuraron en el libro *Poesies*, publicado precisamente un mes después de su partida a la Ciudad Eterna. Profunda y perdurable había de ser la huella que había de imprimir en su espíritu la grandeza y majestad de esta ciudad única en el mundo, donde la Historia ha dejado sellada en monumentos y obras de arte la alianza de lo más grande que produjo la antigüedad clásica con lo más grande que ha surgido de la civilización cristiana. Llegó a Roma cuando estaba atravesando una de esas crisis de depresión y de esterilidad, tan frecuentes en su vida. Esta crisis se prolongó todavía el primer año de su estada en Roma y tenía algo preocupado a algunos de sus mejores amigos, sobre todo Rubió y Lluch, el cual sospechó que obedecía a sus escrúpulos sobre su vocación poética. Por fin rompió el silencio. Pero esta vez las cuerdas de su lira, en que

aún vibraban sus rimas en lengua catalana, sorprendieron a sus admiradores, exhalando la armonía más severa y mesurada de la lengua de Fray Luis de León. Hecho sintomático es éste. En Costa y Llobera no se repitió el caso de otros poetas del Renacimiento literario catalán, como Francisco Bartrina, Juan Alcover, Morera y Galicia, los cuales, habiendo empezado a escribir poesías en castellano «se convirtieron» al catalanismo literario y adoptaron en todo el resto de su vida, como única lengua literaria, el catalán. Costa, por el contrario, empezó a escribir en este idioma para cultivar después la lengua de Castilla. No se trata tampoco de una «conversión» a la inversa, porque toda su producción poética posterior a las *Líricas*, o sea, sus composiciones castellanas escritas en Roma, vuelve a ser en lengua catalana. El espíritu clásico, más estático que dinámico, que alienta en la que fué capital y cerebro del mundo antiguo, y el espíritu universal que se respira en aquella Ciudad única, que ha dado al mundo las dos más portentosas civilizaciones, la helénicolatina y la cristiana, debieron pesar enormemente en el ánimo de nuestro poeta para dar decididamente la preferencia a la lengua de Cervantes, más apta para expresar en versos lapidarios lo plástico, lo mayestático, lo solemne, lo monumental que palpita en el *alma mater* del orbe civilizado. A la luz de estas consideraciones creemos que debe concederse una importancia puramente anecdótica a la excusa con que nuestro poeta salió al paso de las reconvenções que su amigo Rubió le dirigió por haber renunciado en sus composiciones romanas a seguir versificando en lengua vernácula. La excusa fué, sencillamente, el deseo de complacer a su padre, que le había pedido repetidas veces una colección de versos castellanos. La motivación del cambio hay que buscarla indudablemente más hondo. Así, pues, los escrúpulos que durante los últimos años habían esterilizado su estro poético, se desvanecieron y, uno tras otro, escribió aquella carta de los magníficos poemas romanos que él bautizó con el nombre de *Líricas*. La mayor parte de los críticos y hombres de letras que han expuesto su opinión sobre *Líricas*, al enjuiciar los méritos de todas ellas, ha otorgado la palma a la que canta las *Catacumbas de Roma*.

El culto biógrafo del poeta, Mn. Bartolomé Torres, escribe sobre las circunstancias en que concibió su excelsa composición, lo siguiente: «En Roma, el poeta celebraba la misa en diferentes templos de la ciudad, elegidos por su devoción. La que celebró en las Catacumbas, el día de Santa Cecilia, 22 de noviembre de 1888, le hizo entrar en deseos de escribir una poesía sobre aquellos lugares venerables.» La comenzó, en efecto; pero la dejó sin acabar por más de un año. «Entretanto no podía dejar de hacer rápidas lecturas de los autores modernos — aquellos días llamó mucho su atención Giacomo Zanella, poeta y sacerdote veronés — y renovaba los de los clásicos italianos. Admiraba sinceramente a Manzoni, e, influido por este autor, compuso el himno de las Catacumbas, el último mes de su estancia en Roma, enero de 1890.» «Tengo escrito en borrador — escribe a Rubió — un himno a las Catacumbas, con estrofas a lo Manzoni. Creo que resulta más oratorio que poético.» Mostraba hacia la poesía el mismo descontento que sentía por la anteriores; la retocó, pero no la dió por definitiva hasta que, examinada por los amigos, la aprobaron y la elogiaron como una obra perfecta, una de las mejores composiciones brotadas de su pluma. La crítica ha confirmado este juicio y ha colocado el himno de las Catacumbas al lado mismo del himno manzoniano *A la Pentecostés*, entre lo más alto y perfecto que haya dictado jamás a nadie la musa de la Roma cristiana.

* * *

No nos hemos propuesto hacer un estudio analítico — ¡Dios nos libre de los análisis sobre las más altas manifestaciones del espíritu, en los que la unidad se afirma como un misterio, irreductible a términos racionales! —; sólo aspiramos a hacer un examen crítico, ordenado, de su concepción y de su estructura interna y externa.

De Costa se podría decir lo que se ha dicho con razón de Horacio, a saber, que en sus composiciones entra *in*

medias res. No necesita preparación, no entretiene al lector con preludios. Leemos la primera estrofa y ved: ahí está ya, trémulo y palpitante, todo el interés humano del asunto, la entraña viva de lo que ha provocado la emoción lírica del poeta. «Salve, callada y fúnebre — Ciudad del Dios viviente...» El lector siente una sacudida interior, un súbito estremecimiento ante algo grande que se yergue de súbito ante sus ojos, y tiene que interrumpir por un instante la lectura comenzada para tomar aliento y preparar su espíritu antes de seguir escuchando con la serenidad necesaria el «largo maestoso» con que le han sobrecogido los primeros solemnes compases de la sacra sinfonía. Y, efectivamente, con una densidad insuperable de pensamiento y de emoción, glosa el poeta en los doce versos de la primera estrofa, los más dramáticos contrastes con que el misterio de aquellos lugares sagrados ha herido su imaginación: contraste entre aquel «opresor ambiente de tumba» y la «vida y la luz» que dan al espíritu; contraste entre «los ciegos ámbitos y la tosquedad» de aquella ciudad oculta bajo la tierra y los «sagrados efectos» que despierta como no los puede despertar ningún «templo de oro y mármoles».

En la segunda estrofa, el poeta empieza a poner en valor el aspecto descriptivo de su tema. Descripción de altos tonos líricos, unida de admiración y adoración ante aquellas misteriosas «ruinas del pasado», ante aquellas «raíces húmedas del árbol de la fe». ¡Qué definiciones más intensamente sugestivas! ¡Qué honda comprensión de la significación espiritual de aquellos lugares, en cada una de las metáforas que éstos le inspiran!

Desde la estrofa tercera a la décimotercera el asunto le presenta sus facetas histórica y narrativa. He aquí la historia de los mártires evocada con una fuerza de realidad viva insuperable y animada por fragmentos narrativos, por trozos incisivos y rápidos de los hechos, actitudes, gestos y ademanes más simbólicamente significativos del heroico espíritu de sacrificio y del ferviente anhelo de santidad que socavó las Catacumbas y las convirtió en refugios sagrados donde los cristianos

«...tras el combate cruento
dormían, como héroes
de vuelta al campamento,
hasta que trompa bélica
los llame a nuevo albor

después de «luchas que a los ángeles causaran estupor.»

Pero la narración de los hechos pasados es, en la oda, como una corriente con intermitencias de calmos remansos, en los que los momentos descriptivos del presente sirven al poeta para aclarar con lenguaje inspirado los símbolos trazados por las plúas manos de aquellos primitivos fieles en los muros de aquellas lóbregas moradas. Desfilan así ante los ojos del lector en impresionante procesión «la austera blanca Orante», el Buen Pastor, Orfeo, el pan y el pez simbólicos, la paloma, Jonás y Lázaro.

Entre los grandes secretos del lirismo de Costa no es, ciertamente, el menor, el que poseía de fundir a la perfección en un solo bloque de unidad los elementos más dispares y heterogéneos de la composición. Cuando se trata de temas históricos, evocados por monumentos de otras épocas, como el de las Catacumbas, es fácil para un poeta dotado el repartir la composición en pasajes descriptivos para lo presente, narrativos para lo pasado, patéticos para la expresión de la emoción humana que despierta lo contemplado y lo evocado, dramáticos para imprimir más intensa vida al contraste entre la quietud presente del monumento evocador y la agitación de la vida pretérita en él representada, y líricos, finalmente, para referir todo lo patético y todo lo dramático a la emoción interior, a la visión e interpretación personal de lo que es objeto de la contemplación del poeta. En las magnas poesías de este género que escribió Costa, y, sobre todo, en esta oda incomparable no está olvidado ninguno de estos aspectos del tema. Lo que no existe en ella es una clara lógica y fría repartición de dichos aspectos en partes o fragmentos distintos y alternados. La grande y viva complejidad del asunto cantado está escrupulosamente respetado en la concepción y composición de la oda; y

sin caer en la confusión ni delinquir contra el «lucidus ordo» horaciano, todas aquellas variadísimas facetas están en todo momento fundidas en el fluir caudaloso de un inflamado lirismo, corriente de lava ardiente que transforma en materia ígnea cuanto toca y arrastra en el ímpetu irrefrenable de su erupción sublime o en la marcha majestuosa de su solemne descenso. En esta oda no hay detalle, por mínimo que sea, que no reciba, en el momento



SG

Miguel Costa y Llobera (1854-1922)

mismo de su aparición, esta redentora unción lírica con que el numen poético sabe animar con un solo espíritu — el del poeta — todo cuanto viene a gravitar en su interior en el proceso creador del verbo poético, y consigue así el milagro de cerrar en una unidad viva y compacta la suma de los elementos más heterogéneos que entran en la composición del poema.

Estrofas hay en esta parte central de la oda, en que el genial aliento lírico de Costa se deja sentir con la potente sonoridad de una ráfaga de viento huracanado a través de todo lo real, objetivo y plástico, y de todos los demás ingredientes exigidos por la materia de su composición. Oíd, por ejemplo, estas estrofas, en las que la fuerza de la sibílica evocación del pasado se conjuga con la inspirada proyección al futuro.

*Susurro cual de espíritus
la gran quietud tenta;
un estro apocalíptico
vibraba en torno... hervía
la sangre de los mártires
en urnas de cristal.*

*Y, en tanto, estremecíanse
los huesos de esperanza.
Tal bajo glebas húmedas
el grano que se lanza,
palpita deshaciéndose,
su fruto al presentir...
El asperón volcánico
la muerte, aquí, profunda,
sembraba, y la necrópolis
sentíase fecunda
con los sagrados gérmenes
de inmenso porvenir.*

El poeta, que siente la sagrada emoción lírica ante los hechos pasados de la Historia, ha de darnos la interpretación inspirada de ellos; ello quiere decir que su evocación ha de ser intuitiva y sintética; esto es, al orden racional ha de substituir el bello desorden hecho de saltos líricos, ejecutados con esa lógica animada de la vida afectiva, condición indispensable de la belleza de toda obra de arte. Al método de conocimiento, que procede por partes, para formar con su suma el todo, ha de substituir la

visión fulgurante del todo, en el que se vean fundidas las partes. Esos postulados fundamentales de la estética de la poesía lírica están realizados magistralmente en las más notables composiciones del vate mallorquín, y lo mismo que en *Las Catacumbas*, podemos admirarle en este sentido en *Las cascadas del Anio*, en *Ruinas*, en *A orillas del Tíber*, en *Adiós a Italia* y en las composiciones catalanas *El pi de Formentor*, *Adorant*, *A un claper*, *A Horaci* y otras.

La proyección hacia el futuro que apunta en las estrofas ante transcritas, acaba por adueñarse del espíritu del poeta. El águila, tras haber cernido el vuelo, en el cuerpo central de la oda, por todos los lejanos aspectos de la historia y todos los hechos remotos evocados por las Catacumbas, se arroja de súbito, con un sublime estremecimiento de alas, a la visión de un porvenir de triunfo apoteósico en el que la Iglesia, nacida de la sangre de los mártires, ha de atraer en sus brazos maternas a la adoración y al amor de Cristo a toda la humanidad redimida. El primer batir de alas se deja sentir ya en la estrofa décimocuarta, en la que el poeta, fijándose en los tiempos presentes, ve cómo

*Y hoy mismo, tras larguísimas
edades de alto olvido,
después que este depósito
sagrado fué esparcido,
cuando ni ya una lápida
entera es dado hallar,
repiten sacros cánticos
las grutas más sombrías,
y ven, de nuevo abriéndose,
cegadas galerías
piedad y ciencia unánimes,
su sombra penetrar.*

El vuelo soberano del águila por los arcanos del porvenir se abre y se cierra en la estrofa siguiente. Las visiones tienen la rapidez del relámpago y sólo una parte de esta estrofa está plenamente concebida en ese estado de videncia inspirada del futuro que el poeta, en cierto modo, comparte con el profeta. No en vano la lengua latina daba el nombre de *vats* a uno y a otro. Con un movimiento lírico felicísimo pone nuestro poeta el vaticinio en los labios de la imagen de la Orante, pintada en los muros de las Catacumbas, vestida de blanca túnica suelta y con el rostro velado, que era símbolo de la Iglesia:

*¡Es que la Orante présaga
los tiempos ha previsto,
y cuando el siglo apóstata
rechaza más a Cristo,
atrae ella los ánimos,
atráelos aquí!...*

La oda remata bellamente en una plegaria, en una súplica a los hermanos, de intenso sabor prudenciano, lleno de místico fervor, y de carácter dulcemente, consoladoramente apoteósico, en la que el poeta invita a los fieles a unirse en un rito solemne de la sagrada liturgia en el ámbito sagrado de las Catacumbas. ¡Qué voces hondas y dulces de órgano resuenan en estos versos maravillosos, que cierran como un broche de oro la magna composición!

*Lo quiere Dios. Juntémonos
en sola un alma, hermanos;
y, de la fe por símbolo,
antorchas en las manos,
crucemos la necrópolis
en vaga procesión.
¡El himno de los mártires
en sus abiertas tumbas
resuena, y con el hálito
de tantas catacumbas
temple en vigor pacífico
cristiano el corazón!*

«Vigor pacífico»... A veces, los grandes poetas, sin darse cuenta, aciertan a dar de sí mismos, en un verso, en una frase, la mejor definición de su temperamento o de la calidad esencial de su poesía. Así Costa y Llobera, al poner remate a su oda, parece como si la hubiera firmado y rubricado con los dos últimos versos, que encierran toda la esencia de su personalidad. «Vigor pacífico», esto es, la fuerza romana templada por la Gracia cristiana; el vigor heroico que se necesita y emplea para la guerra, transformada en instrumento de paz; el lábaro imperial coronado por la dulce majestad de la Cruz redentora.

Tal es la obra maestra de la producción lírica del gran vate balear en la lengua de Cervantes. En ella sentimos

las profundas vibraciones de toda su compleja personalidad. Es la resultante perfecta de la silenciosa conjunción de los anhelos del artista, del erudito, del orador, del pensador, del asceta, del apóstol, del sacerdote, fundidos todos en el numen inflamado, en el *impetus ille sacer* que alimentaba el pecho del que, con justicia, podemos llamar el Píndaro cristiano o el moderno Prudencio. Obra admirable y definitiva, surgida de uno de aquellos largos períodos de silencio y soledad, que se han interpretado como crisis de depresión, pero que mejor sería calificar de lentos períodos de gestación y de purificación interior, y gracias a los cuales sus obras maestras, llegado el instante del alumbramiento, surgían con el fulgor del oro sin escorias

II - LA VIDA

TEXTO INTEGRO DEL DISCURSO DEL SANTO PADRE EN EL V ANIVERSARIO DE SU CORONACION

«En la desolación que os ha arrebatado vuestra felicidad doméstica, vosotros, amados hijos e hijas, a quienes las presentes calamidades han obligado a vagar dispersos, errantes, sin hogar, separados quizás en vuestras mismas familias los unos de los otros, ignorantes y sin noticias de aquellos a quienes la sangre y el amor os ligan especialmente; preocupados por su suerte, como ellos a su vez tiemblan por la vuestra; vosotros, a quienes, sin embargo, la fe os muestra un Padre de todos los pueblos, que ha prometido a los que le aman convertirlos todo en bien, aún aquellos que es más pesado y amargo, vosotros habéis venido hoy atraídos y movidos por vuestro ardor filial para recibir del Vicario de Cristo la palabra de bendición y de consuelo. Os habéis reunido a nuestro alrededor para oír de nuestros mismos labios y para leer en nuestro rostro que todo el cúmulo de vuestros afanes es también nuestro y nos amarga en lo íntimo de nuestro corazón.

El dolor es amor

¡Oh, amados hijos e hijas! El dolor que nos une a todos vosotros es amor que nos obliga a amaros doblemente y tanto más cuanto mayores son vuestras aflicciones. Y tened por cierto que ni una sola de vuestras penas, ni una sola de vuestras ansias, ni una sola de vuestras angustias espirituales y corporales dejan de lacerar nuestro corazón más profunda y dolorosamente de lo que nos afligen nuestros mismos sufrimientos personales.

Desde el día en que hubimos de ver desoídas nuestras instancias para alejar el azote de la guerra, cuyas espantosas y desastrosas consecuencias preveíamos, nuestra Paternidad espiritual, que contemplaba con ojos de ansiosa solicitud el número innumerable de tales consecuencias, nos preparaba y se consagraba por entero al alivio de las necesidades y de los sufrimientos; a dar — dentro, por desgracia, de las escasas posibilidades de nuestras fuerzas materiales — pan y vestido al que ya nada tenía y de todo necesitaba; a reunir a aquellos a quienes las batallas y las invasiones habían separado. No hubo esfuerzo que no realizáramos ni cuidado que dejáramos pasar para que las poblaciones no cayeran en los horrores de la deportación y el destierro. Y cuando la dura realidad vino a frustrar nuestras más legítimas es-

peranzas, hicimos cuanto pudimos, por lo menos, para suavizar sus rigores.

Gratitud a los bienhechores

Conscientes, sin embargo, de la insuficiencia de nuestras posibilidades, no dejamos de pedir socorros a gritos, como un padre que, en su dolor por sus hijos desgraciados, invoca el auxilio de los cercanos y de los lejanos en cuyo pecho palpita un corazón generoso. No han faltado almas devotas y bienhechoras que han respondido a nuestros clamores. Nuestro profundo reconocimiento conserva sus nombres en nuestro corazón y los presenta a Dios para que los inscriba en el libro de la eterna recompensa.

Respeto a Roma, ciudad sagrada

Pero en esta hora especialmente grave para la tan martirizada ciudad de Roma, despedazada en las carnes vivas de sus habitantes horriblemente muertos, mutilados o heridos, y cuando más agudos se han multiplicado los sufrimientos y más agobiantes y cotidianas las necesidades, rogamos de nuevo, suplicamos, conjuramos a todos los que de cualquier manera pueden ayudar, ya con dones materiales, ya con el trabajo o con la oferta de su colaboración, que no nieguen su eficaz aportación y asistencia a tan ingente y caritativa obra. Y si en todos los continentes cada una de las ciudades atormentadas por una guerra aérea que no sabe ni de leyes ni de frenos, es ya un acta terrible de acusación contra semejantes métodos de lucha, ¿cómo podríamos Nos creer que ya nadie jamás pueda osar convertir a Roma, esta ciudad sagrada que pertenece a todos los tiempos y a todos los pueblos, y a la que el pueblo cristiano y civilizado mira con mirada fija y trepidante, convertirla, volvemos a decir, en campo de batalla, teatro de guerra, perpetrando así un acto tan militarmente sin gloria como abominable a los ojos de Dios y de una humanidad consciente de los más altos e intangibles valores espirituales y morales? Así, pues, no podemos menos de dirigirnos una vez más a la perspicacia y a la prudencia de los que llevan la responsabilidad en las dos partes beligerantes, en la seguridad de que no querrán vincular su nombre a un hecho que por ningún motivo y de ninguna manera se podría justificar

ante la historia, sino que dirijan más bien sus pensamientos, sus deseos, sus ansias, sus trabajos a la consecución de una paz que nos libre de toda violencia interna y externa para que su memoria sea perdurablemente bendecida y no maldecida a través de los siglos sobre la faz de la tierra.

Llevar también vosotros la cruz

Amado pueblo romano: en el torbellino de tantas desventuras y pruebas, Nos sentimos y reconocemos en la amargura de nuestro espíritu cuán desproporcionados e inadecuados al exceso inmenso de una miseria sin nombre son todos los socorros humanos. Hay desdichas para las que no basta la mano del hombre, aún la más munífica y generosa. Alzad por eso los ojos arriba, amados hijos e hijas, hacia Aquel que os dará fuerzas para llevar vuestra cruz con fe viva y cristiana fortaleza, a Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador. A El deseamos llevaros. El mismo os invita y os dice: «Venid a Mí todos los que andáis agobiados en trabajos y cargas, que Yo os aliviaré.» El ha querido experimentar la existencia de nuestra vida terrena, los males y las aflicciones, las congojas y los tormentos más atroces que proceden de los hombres; El os precede con su cruz; ¡seguidle! El, incontestísimo, lleva la cruz; llevad también vosotros la vuestra con espíritu de sacrificio y resignación por los pecados y hechos ajenos que han provocado los justos castigos de Dios, El lleva la cruz por la salvación del mundo; llevadla también vosotros como El, para que la fe viva y el temor de Dios, las santas costumbres y el amor cristiano revivan en todos los corazones, en todas las familias, en la vida social y en todos los pueblos. El lleva la cruz por la paz del mundo; llevadla también vosotros con El para obtener para vosotros y para todo el género humano la paz que El dió y la paz entre las naciones.

Ardiente invocación

¡Oh Jesús, Dios omnipotente y eterno que te dignaste tomar nuestra naturaleza, haciéndote hermano nuestro y consolador de los afligidos!: dirige una mirada de gracia y de misericordia a esta muchedumbre de hijos e hijas nuestros a quienes la guerra ha privado del hogar amado y que contemplan con tristísima angustia su porvenir incierto y oscuro. La fe en Ti, que ellos abrazaron en días serenos y prósperos, hoy, que un padecimiento indecible les azota, ha llegado a ser más que nunca su apoyo supremo, esperanza de consuelo en todos los pasos del áspero y doloroso sendero hacia el que las vicisitudes de la guerra les ha llevado.

¡Oh, Hijo del Padre celestial, Sabiduría Divina, que

diriges el curso de los siglos y la sucesión de los pueblos!: manda a las tempestades y a los huracanes que turban la tranquilidad del género humano para Ti redimido; quédate con nosotros, miseros e infelices; obra y vive con nosotros para que nosotros vivamos en Ti y Tú serás en todo momento nuestro sostén, nuestro consuelo, nuestra gracia, nuestra virtud, nuestra justificación y nuestro perdón en todos los errores a los que nos puede llevar la flaqueza humana. Tú, que encarnaste de tu Santísima y Dulcísima Madre María y bajo el vigilante cuidado de tu castísimo padre putativo José, quisiste, siendo todavía tierno niño, ser prófugo, concede a los que hoy vagan errantes sin techo, aquella inmutable conformidad con el querer divino que entonces elevó y santificó los sufrimientos de tu destierro y de tu familia. Tú, que siendo el dueño de todos los bienes de la tierra pudiste decir de Ti mismo: «las raposas tienen madriguera y las aves del cielo nido; pero el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza», haz que estos nuestros hijos e hijas, agobiados por angustias indecibles y desalojados de sus casas, saquen del ejemplo de tu voluntaria pobreza la fortaleza divina y el valor cristiano de soportar con meritoria paciencia y dignidad las amarguras de su desventurada vida.

Eterno y Sumo Sacerdote, que por benigna disposición de reunir a todas las gentes en un solo redil y bajo un solo Pastor, mostraste a Pedro el camino de Roma y aquí pusiste sobre la cabeza de la urbe aquella diadema de verdad y de gracia ante la que se inclinan reverentes y agradecidos los fieles del Universo, recibe a esta ciudad en una hora de peligros constantemente crecientes bajo las anchas alas de Tu omnipotencia y de Tu protección; concede a los que aquí moran el transformar estos días de temores y de angustias en tiempo de recogimiento espiritual, de decidida y sincera vuelta a Ti y a tu santa ley, con tanta frecuencia olvidada y violada.

¡Oh, Señor!: en nombre y en unión de todos aquellos que el tremendo conflicto ha sumergido en el luto, en la miseria y en el llanto, te suplicamos con la plegaria de la sagrada liturgia: «Muéstranos, ¡oh clemente Señor!, tu inefable misericordia a fin de que nos purifique de todos los pecados y al mismo tiempo nos libre de las penas que por ellos merecemos. Da a todos los que en Ti confían el ver amanecer el día en el que Pastor y grey, magnificándote a Ti y a tu infinita bondad, puedan exclamar con gozo y gratitud: Misericordia ha sido del Señor el que hayamos sido salvados. Salvados, sí, acá abajo y para toda la eternidad. Así sea.»

(Del Boletín Oficial del Obispado de Barcelona.)



Cursillo para Jóvenes Dirigentes de la Industria y del Comercio

DEL 1 AL 6 DE MAYO, DE 7 A 9 DE LA TARDE

Por el P. JOAQUÍN ASPIAZU, S. J., y otros competentes profesores

PRINCIPIOS SOCIALES + TEORÍA DEL NEGOCIO + FUNDAMENTO DEL BENEFICIO
PRECIOS ABUSIVOS + UNIÓN MORAL DE LOS PRODUCTORES

Para inscripciones e impresos:

Academia de Ciencias Morales y Sociales, Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Luis Gonzaga

Lauria, 15 - BARCELONA

F. A.

Tarrasa

THE STANDARD

Semanario Católico

Standart House

Pearse Street

DUBLIN

Hijo de
**MANUEL
VALLHONRAT**

Fábrica de Géneros de Punto

Almacén y despacho: S. ANTONIO, 39

Fábrica: GARCÍA HUMET, 40

TELÉFONO 1832

TARRASA

Hierros FLÓ

COLUMPIOS, MESAS, SILLONES, ETC.

ORIGINALES PARA CAMPO, PLAYA Y JARDÍN

Aragón, 297 - Teléfono 78586 - BARCELONA

T. C.

TARRASA

T E J I D O S D E L A N A

Barata Hnos., Sucesor

Oficinas: Pl. Maragall, 2 - Teléf. 2322 - TARRASA

ALMACENES
ALEMANES



*La casa que vende más
barato de Barcelona*

Roig Llauger, S. A.

TEJIDOS



Despacho: San Pablo, 19 - Tel. 2023

Fábrica: Igualdad - Teléfono 1429

TARRASA

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

Sucesor de J. GUILLEMOT SINGLA

PARROCO LLAURADO, 111

TARRASA